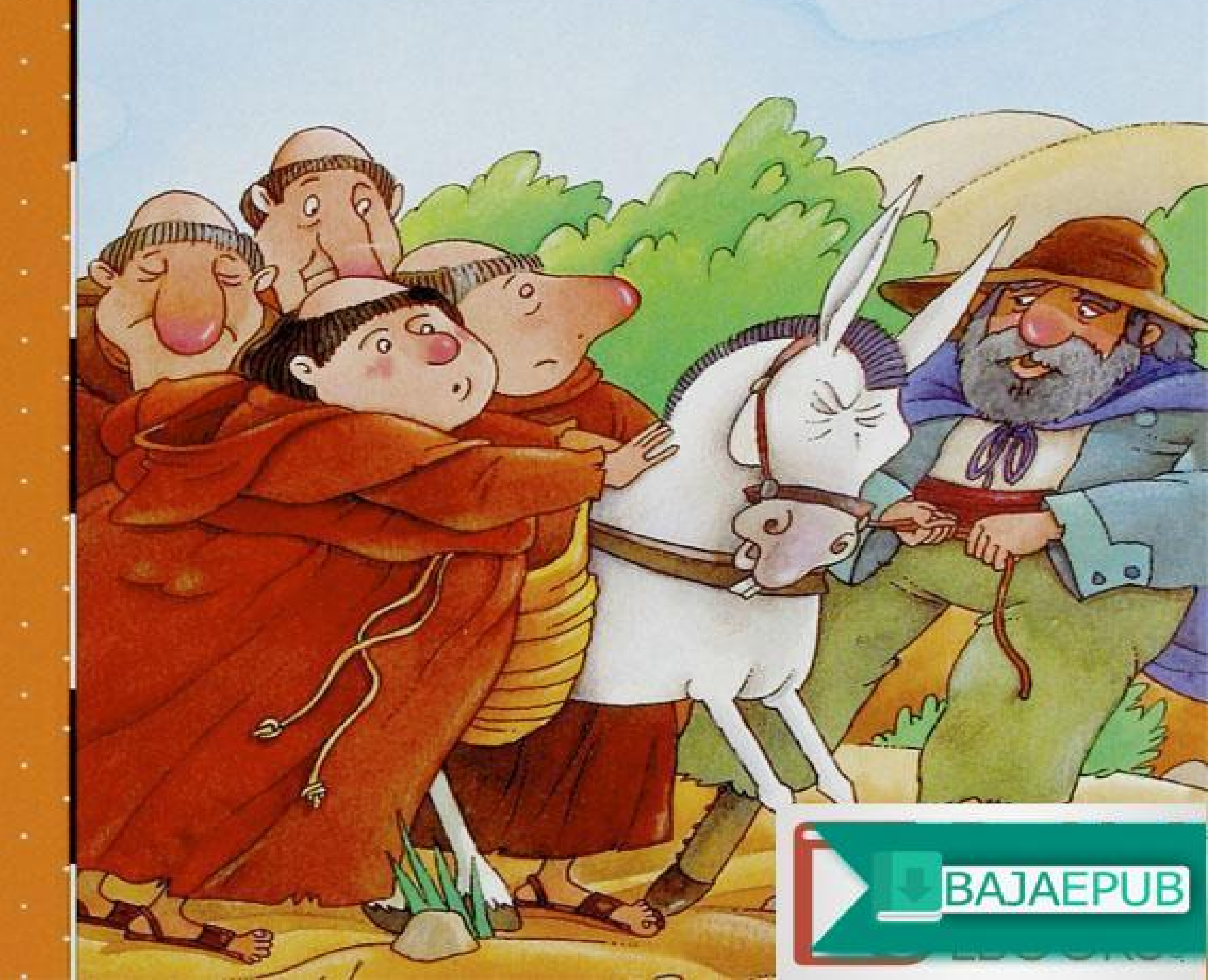
serie FRAY PERICO

EL BARCO DE VAPOR

Juan Muñoz Martín

Fray Perico, Calcetín y el guerrillero Martín



En el convento de fray Perico aparece Juan el Empecinado, un extraño personaje armado con un trabuco. Los soldados franceses le persiguen y el simpático fraile no dudará en echarle una mano. ¿Logrará el monje salir indemne de esta nueva aventura? Una historia que, en clave de humor, constituye un alegato contra todas la guerras.



Juan Muñoz Martín

Fray Perico, Calcetín y el guerrillero Martín

Fray Perico - 5 (El barco de vapor - Serie Naranja)

ePub r1.0
Etsai 28.08.13

Título original: *Fray Perico, Calcetín y el guerrillero Martín*
Juan Muñoz Martín, 2003

Editor digital: Etsai
ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

Prólogo

¡ALBRICIAS!

Ya están todos los frailes aquí, ya están otra vez en el conventillo. ¡Ah! Pero ¡cómo están las paredes! ¡Qué agujeros en las tejas, qué desconchones por los pasillos! Los frailes ni siquiera se quejan. La guerra es así. Cogen los cubos y las paletas y se ponen a tapar los agujeros.

Pero la guerra no se ha ido. Volverá como esas moscas inoportunas que no quieren marcharse.

Y una tarde ocurre algo insólito. Cuando todos están en su tarea, llega un hombre, un bandolero de los montes, huyendo del acoso de los franceses. Es un guerrillero, un hombre que hace la guerra por su cuenta contra todo el ejército de Francia.

Y, otra vez, fray Perico tiene que ensillar el asno y salir al campo, como don Quijote, para remediar, con su bondad y caridad, los horrores de esa locura humana que se llama guerra.

Ojalá que esta vez consiga nuestro fraile encontrar, entre las encinas y los olivos requemados, esa paloma blanca y huidiza que sólo tiene tres bellas letras: la PAZ.

1. La sopa de ajo

¡Y la alegría llegó al convento!

¿La alegría? ¡Qué lagrimones los frailes, al ver el convento medio caído, los trastos por el suelo, las tejas rotas, las puertas y ventanas medio quemadas! ¡Dichosa guerra! Pero como había que seguir, fray Pirulero bajó a la cocina, fue a hacer la sopa para la noche y se encontró sin cacerola. Buscó otro puchero y lo encontró lleno de agujeros, buscó la sartén y le faltaba el mango, buscó la harina y ni harina, ni arroz, ni lentejas. Todo estaba en el suelo, donde los ratones comían a dos carrillos.

Lo primero que hizo fray Pirulero fue coger la escoba y aparte de dar diez o doce escobazos a los ratones, que no alcanzaron a ninguno, barrió la despensa, la cocina, el pasillo y la fresquera hasta que quedó como un espejo. Luego fue a ordenar los cacharros. Al que no le faltaba un asa, le faltaba el mango o la tapadera; a la mesa le faltaba una pata, tres a la artesa. Las jarras, los vasos y las escudillas estaban desbocados, y el que no, tenía unas resquebrajaduras y unas rendijas que lo hacían sonar a cascajo.

Fray Pirulero fue entonces por un jamón o una ristra de longaniza, pues había que festejar el retorno al convento, y casi le da un patatús. Estaba la despensa vacía. No digo la verdad: quedaban los clavos en las paredes. No había ni

chorizos ni longanizas. ¿Dónde estaban las sartas de salchichas? ¿Y los perniles y las costillas y el tocino?

El pobre fray Pirulero no sabía qué hacer. Allí, en una cesta, quedaba lo que nadie había querido. Unas cebollas ya medio secas, unos ajos, unas hojitas de laurel y, en la alacena, unos frascos de cominos, de hierbabuena y un poquito de perejil más seco que un nabo.

2. El saco milagroso

EN un saco colgado de la pared, un saco polvoriento y milagroso, unos rebojos de pan, que los ratones tal vez habían visto y olido pero no habían podido alcanzar con sus pequeños saltos.

Fray Pirulero desató el saquillo. Lo llevó a la cocina y esparció los zoquetes sobre la mesa. Con su santa paciencia, hizo rebanadas con el cuchillo sin mango, y calentó agua en una cacerola. Luego echó la sal, el perejil, la cebolla, el laurel y algunas gotas de aceite, y dejó que hirviera, que hirviera, que hirviera.

¡Qué alegre sonaba el puchero! ¡Y qué olorcillo! Olía otra vez a convento. Fray Pirulero tocó la campana: ¡tang, tang, tang! Estaba medio estropeada, pero la oyeron todos.

Los frailes, como siempre, alargaron la nariz, la nariz, la nariz, miraron al tejado y dijeron:

—¡Eh, ya sale humo de la chimenea: algo se cuece en la cocina!

Y bajaron corriendo, atropellándose, pensando que algún faisán o pavo real habría encontrado fray Pirulero por los corrales. Y al llegar, se sentaron con muy poca educación a la mesa, se levantaron porque los regañó fray Nicanor y rezaron, y al dar la bendición, el padre superior levantó la tapadera.

—¡Puaf, es una sopa de ajo! —exclamaron todos.

—Pues bendito sea el Señor, que nos deja comerla… —añadió fray Nicanor.

Todos bajaron la cabeza. ¡Qué rica sopa de ajo con su cebolla y su perejil, y la sopera y la silla y la mesa y el ajo y las sandalias y el gato y el saborcillo a pimentón y el ruidillo de fray Simplón al sorberla con la cuchara…!

—¡Bendito sea! —exclamaron todos.

Todos menos el gato, que salió bufando y huyendo de la sopa, para buscar un ratón por la despensa.

3. El pavo pascual

A todo esto, fray Pascual fue al corral y en un rincón encontró las plumas verdes, rojas y amarillas del gallo Pinto. ¡Pobre gallo! Fray Pascual se sorbió las lágrimas, enterró las plumas y entró en el gallinero. ¡Qué silencio! Ni una gallina. Miró al palo en donde dormía el faisán Timoteo y estaba el palo solo.

A fray Pascual le daba vergüenza llorar. ¿Y si le veía alguien? Se secó las lágrimas con la manga y miró al cielo.

—¡Oh, Señor, ni uno solo se ha salvado, ni una cabra, ni un cerdito! ¿Qué han hecho? ¡Si al menos hubiera quedado uno para llorar a sus hermanos!

Fray Pascual se sentó junto a la fuente. ¡Ay! Dio un salto, se quitó la capucha y echó a correr golpeando el aire a diestro y siniestro. Luego, debió de arrepentirse y volvió al pilón con la cabeza baja.

—Señor, una avispa, has salvado una avispa. ¡Vaya cosa y vaya picotazo! Encima se morirá por picarme.

Fray Pascual extendió un poco de barro sobre la picadura y miró al cielo. Un grito sonoro como una trompeta llegó de los aires. Fray Pascual sonrió. En lo alto del árbol, en lo más alto, confundido con el ramaje, estaba Pascual el pavo real, el pavo que al llegar la noche se subía a dormir a lo más alto del árbol entre extraños graznidos. ¡Val, val val... el pavo Pascual!

El pavo se dejó caer del árbol, se posó en el suelo y se acercó alegre fasta el fraile desplegando su rueda gigantesca de oro y de plata. Era como un saludo: ¡Hola, fray Pascual, yo me he salvado!

¿Cuántos días y semanas había estado el pobre pavo huido de su corral? El animal dio dos o tres vueltas deslumbrando las paredes blancas de la corraliza y los ojos enternecidos del fraile. Luego se puso a escarbar y escarbar allá junto al muro donde se apilaba el estiércol. ¿Qué buscaría?

4. El sueño de fray Olegario

FRAY Pascual se quedó maravillado. Entre el oscuro estiércol, tibio y oloroso, aparecieron diez, doce, quince huevecillos blancos, que las gallinas Pinta o Recolorada habían puesto hacía cientos de días, antes de que la guerra hubiese asolado el gallinero.

—No sé si los salvaré.

Y corrió el frailecillo a dar la nueva.

—¿Qué hacemos? ¿Y si los metemos en la fragua?

—¿En la fragua? ¡Qué bruto, se asarían como castañas! —protestó fray Sisebuto.

—¿Y en el horno del pan?

—Tostados saldrían como torrijas del santo.

—¿Y en el horno del tejar?

Los frailes movían la cabeza. Fray Olegario movió también la cabeza. ¡Qué torpes eran!

Metió aquella docena de huevecillos en la capucha y dijo:

—Me los llevo a la biblioteca. Allí los tendré entre las mangas para darles calor al solecillo de la tarde.

—¿Y por la noche?

—Los guardaré en la almohada.

Y así lo hizo, y el pobre fraile se quedó semanas sin escribir por no romperlos, inmóvil en su sillón. ¡Cuántas noches sin dormir y sin pegar ojo por no aplastarlos! Pero una mañana…

Pero no quiero seguir. Ya os lo contaré. ¡Chist…! No habléis muy alto, que los pollitos amarillos duermen en los bolsillos llenos de paja y de amor de fray Olegario.

5. Vestidos de sacos

¿Y fray Matías, fray Matías el de la sastrería? Entró en el taller y no encontró ni perchas, ni capuchas, ni cordones, ni agujas, ni tijeras, ni siquiera un solo carrete de hilo.

Quedaba la mesa, la mesa larga de ocho patas donde fray Matías cortaba la tela para los sayales de todos los hermanos. Pero ¿y la tela? ¿Dónde estaba la tela? Fray Matías se acordaba de que había dejado allí, en el rincón, una pieza larga, larguísima, de paño pardo, tan larga que podía servir de alfombra desde la puerta del convento hasta el mismísimo río.

Pero ¿dónde estaba? Los franceses seguro que la habían convertido en mantas o en chaquetas para los soldados. Era una tela burda que rascaba la piel, que quemaba y parecía una albarda en verano, pero que en invierno daba un calorcillo agradable.

—Habrá que hilar nueva tela en el telar —exclamó fray Matías.

—¿Y dónde está la lana? No quedan ovejas, ni cabras.

Sin embargo, había que hacer algo, pues no era cosa de que los hermanos fueran con aquellas trazas de segadores por los pasillos. En efecto, fray Pirulero llevaba unos pantalones de pana y una chaqueta llena de lamparones que le había dado el alcalde. Fray Nicanor, al menos, vestía algo más adecuadamente con la sotana vieja del sacristán del pueblo, que era bajo y rechoncho. El pobre fray Nicanor,

como era muy alto, andaba agachado para lograr que el extremo de la sotana llegara al suelo. Pero era imposible.

Pues ¿y fray Olegario? Llevaba un sayal viejo de san Roque, todo sucio y chamuscado de tanta vela y tanto humo. Ahora fray Olegario se parecía mucho a san Roque, algo más viejecito y, claro, sin perro, aunque, eso sí, llevaba bastón como el santo peregrino.

Los demás frailes iban como podían, que era muy poco. El tío Carapatata les había prestado unos sacos viejos de patatas e iban como los ermitaños del desierto.

Una soga de atar gavillas les servía de cíngulo, y verlos llegar por el pasillo daba algo de risa. No obstante, ellos iban muy serios, pues en Las Florecillas se decía que san Francisco llevaba siempre un saco de ajos debajo de su hábito, y eso era mucho peor.

6. La tela de estropajo

LO único, que esos sacos no debían ser siquiera de patatas sino de cebollas, o tal vez de estiércol, y la verdad es que apestaban. Claro que, como lo hacían todo por Dios, no se quejaban; y si se quejaban, era muy bajito.

La cosa es que fray Matías pensó que había que hacer tela como fuera para vestir igual a todos los frailes, y no se le ocurrió más que colocar en el telar no sé qué matas de cáñamo o raicillas menudas, como las que sirven para tejer esteras o hacer estropajo. Y macerándolas a golpes de piedra en el río, consiguió hacer una tela algo áspera, que después cortó sobre la mesa de las ocho patas.

Pero, como no tenía tijeras, porque los franceses se las habían llevado, hubo de cortar el lienzo con cuchillo. Luego cosió la tela. Pero, como no había tampoco aguja ni hilo, tuvo que usar no sé si espinas de cardo, o tal vez espinas de esas que crecen largas y agudas en las lindes de los caminos, y que son como las que le pusieron los judíos al Señor en las sienes.

¿Y para qué seguir? Los frailes se pusieron sus burdos hábitos y fueron a la capilla. San Francisco los miró, vio cómo se arrodillaban a duras penas y se alegró mucho de que fray Matías no le hubiera cortado uno.

Los frailes no hacían más que rascarse y poner unas caras rarísimas y levantar los hombros y frotarse contra las paredes.

San Francisco se pegó un susto cuando, al salir de la iglesia, vio a fray Matías acercarse a fray Perico y preguntarle:

—¿Qué te parece si le hiciéramos un sayal como los nuestros al santo?

Fray Perico no contestó. Siguió su camino y sólo se le oyó rezongar bajito, bajito:

—Deja al pobre san Francisco, que ya es santo. Ahora nos toca a nosotros, ¡y, caracoles, lo que cuesta serlo!

7. Los libros chamuscados

¡Y qué pena los frailes cuando fueron a rezar y se encontraron con que los soldados habían quemado los libros de rezo! Los habían hecho arder en una pira en el centro de la iglesia y estaban medio chamuscados. Y los frailes rezaban y decían medio salmo y el otro medio se lo callaban.

Oh Señor de…
míranos con…
destruye los carros que…
mientras las aguas flo…
y los vientos del desier…

Y era un lío porque nadie se entendía. La mitad del tiempo estaban cantando, y la otra mitad, mirando al techo. A todo esto, los tres frailes ladrones —fray Patapalo, fray Tartamudo y fray Rompenarices— habían rebuscado entre los restos chamuscados y habían encontrado tres libros que sólo tenían la pasta y una hoja. Se pusieron a rezar y enseguida terminaron. Luego cerraron el libro y se pusieron a roncar.

Fray Perico, como no sabía leer, abrió el libro, cerró los ojos y les hizo compañía.

Pues ¿y fray Ezequiel? Los soldados se le habían llevado todos los panales para zamparse la miel y las abejas andaban desorientadas. Los pobres insectos habían hecho

sus enjambres en los árboles cercanos y no había quien se acercase al huertecillo a coger una ciruela. Ibas a coger una pera, y las abejas enfurecidas te ponían la mano como una criba.

El pobre fray Mamerto, cuando sembraba pimientos en el huerto, se ponía la capucha, pero cada cinco minutos tenía que lanzarse de cabeza al agua de la noria.

A todo esto, los tarros de la miel, ¡qué pena!, estaban tirados en el suelo, destapados y medio vacíos; eso sí, llenos de moscas que se avisaban unas a otras diciendo: «En un convento cerquita de Salamanca hay una miel que te chupas los dedos de las manos y de los pies».

Y todas las moscas de Salamanca, Ávila y Zamora, Valladolid y Palencia rondaban el taller de fray Ezequiel y dormían en el tejado, esperando el sol del día siguiente. San Francisco estaba harto de tanta mosca. Como se le posaban en las barbas y como tenían seis patas, en vez de cien, parecían las doce tribus de Egipto con sus doce plagas.

8. Moscas en la sopa

Y no digamos de fray Pirulero. No podía dejar abierto el puchero porque las dichosas moscas se metían todas a ver qué había dentro, y además no le dejaban pelar las patatas porque se le posaban en las manos a manadas para ayudarle. El fraile terminó escondiéndose en la carbonera.

Pues ¿y fray Cucufate? Como no tenía cristales en las ventanas de su obrador, las moscas entraban allí como Pedro por su casa, y venga a fisgar si eran almendras o avellanas, o si era leche de oveja o de vaca la que echaba en la chocolatera.

¿Y fray Silvino? Como andaba limpiando las tinajas, porque los soldados le habían dejado sólo los posos, todas las moscas iban al atardecer a beber un vaso de mosto o un traguito de aquel anís tan rico que hacía fray Silvino cociendo hierba dulce o matalahúva, que en árabe quiere decir dulce planta del anís.

Fray Ezequiel las odiaba. Las odiaba porque le hacían pensar palabrotas cuando le martirizaban la nariz. No las decía, pero le venían a la mente. Entonces, apretaba los puños con muchísima rabia. Luego, cuando se confesaba con el padre Nicanor, éste le regañaba mucho por tener tan mal genio y decía:

—Hermano, paciencia. Sólo con paciencia se llega a Valencia.

Pero nadie podía llegar a Valencia. Ni siquiera fray Nicanor, porque las moscas se colaban también en el confesionario y se le metían por las mangas del hábito. Fray Nicanor resistía, resistía, resistía pensando en el famoso san Antón, que no decía ni pío cuando le mordían los ratones, o en santa Catalina cuando la martirizaban con una rueda llena de cuchillos, hasta que el buen fraile no podía, no podía, no podía, y salía corriendo hacia la sacristía.

¿Y para qué seguir? Fray Olegario no podía leer en la biblioteca, porque las moscas se iban allí a dormir la siesta.

¿La siesta? A andar de la ceca a la meca fisgoneando todo. A ver qué ponía en los libros, a beberse la tinta, a escribir garrapatos sobre la mesa o a pintarrajear los pergaminos que fray Castor dibujara con mil colores años atrás.

9. Las moscas de fray Castor

LAS moscas estaban maravilladas. Había más de mil quinientas discutiendo sobre si un poco más de color azul por aquí, que si verde por allí, que si amarillo por allá. Que si a esta hierba le faltan amapolas y a ese arco iris el violeta... Hasta que, ¡cataplum!, pareció que el cielo se venía abajo y todas salieron poniendo pies en polvorosa.

¡Tormenta!

Era fray Castor, que acababa de dar un puñetazo sobre la mesa y tronaba porque aquellas bestezuelas habían dejado su preciosa pradera llena de basura.

Eso era con fray Castor, allá en la biblioteca, pero ¿qué ocurría con fray Silvino?

El pobre fray Silvino... ¡Qué paciencia! ¡Qué golpes! ¡Qué sarracina! ¡Qué estacazos por las esquinas! No quedaba ya una mosca cuando se abrió de nuevo la puerta y apareció fray Simplón, que si tenía vinagre para enjuagar una muela.

Fray Silvino movió la cabeza. ¡Qué pelmazos eran los hermanos! Acababa de cerrar la puerta y, ¡pumba!, llegó fray Elias, que si había alcohol para la enfermería, y luego fray Cucufate, a pedir anís para hacer bombones de chocolate, y después fray Pirulero, que si un poco de vino para guisar la liebre en el puchero.

Acababa fray Silvino de poner el armario y la silla detrás de la puerta y de echar la última mosca por la ventana cuando llamaron a la puerta.

10. Un hombre sin zapatos

¡POM, pom!

Bueno, fue algo más que llamar. Se abrió la puerta de par en par y entraron primero las cincuenta mil moscas que acababan de salir y detrás un hombre grande sin afeitar; los pies, porque no traía zapatos, llenos de barro, la lengua fuera, un trabuco en una mano y un cuchillo en la otra. Entró y, sin decir «aquí estoy» o «da usted su permiso», dio un salto y se metió en una cuba.

Era la única cuba que quedaba llena de vino, y había quedado porque no era vino sino vinagre, y no había quien le hincara el diente si no eran las cincuenta mil moscas que con el olorcillo giraban como locas alrededor de la boca de la tinaja.

El fraile cogió la capucha y empezó a golpazo limpio para echar a aquellos animalejos. Mientras los espantaba, aprovechó para preguntar al recién llegado:

—¿Quién es usted?

Nadie contestó porque de nuevo giró el picaporte y se abrió la puerta. Bueno, no giró el picaporte, ni se abrió la puerta sin más. La puerta se vino abajo con picaporte y todo, y casi aplasta a fray Silvino.

Fueron diez patadas, o más bien veinte, o tal vez cuarenta. Porque aparecieron diez soldados franceses que daban patadas a todos lados: a las sillas, a los cestos, a los

serones, a las tinajas, de tal manera que parecía tener cada uno no dos piernas, sino cien, como los ciempiés.

—¿Dónde están?

—¿Dónde están quiénes? —preguntó asombrado fray Silvino.

—Bien lo sabes tú.

El fraile no sabía nada. Sólo sabía que alguien había entrado y que debía de haberse ahogado en la tinaja. Y sólo sabía que la guerra había llegado de nuevo al pobre convento y podían caer las cuatro paredes ruinosas que todavía quedaban en pie.

—Los mataremos.

—¿A quiénes?

—No trates de disimular y contesta. ¿Cuántos han entrado?

Fray Silvino no comprendía nada. ¿Cuántos?

—Cuarenta mil o cincuenta mil.

11. La tinaja de vinagre

LOS soldados se quedaron inmóviles un instante. Algunos echaron a correr. Luego se rehicieron y rodearon al fraile. El sargento, un hombre con bigotes que movía los labios cientos de veces como un ratón, alzó su voz de cotorra.

—¿Te burlas de nosotros?

—Bueno, no las he contado, pero la tinaja está llena.

—¿La tinaja?

Los soldados saltaron uno sobre otro y se asomaron al enorme tinajón.

—Aquí no hay nadie, mi sargento.

El fraile tembloroso de pronto se echó a reír.

—Pues ¿qué buscan? Yo decía cincuenta mil moscas.

Los soldados se bajaron. Aún estuvieron un buen rato pinchando con su bayoneta los haces de hierbabuena, de manzanilla, de cantueso, de menta, que el fraile tenía hacinados por los rincones para hacer sus famosos jarabes.

Después, miraron las cubas una por una y vieron que en realidad no tenían más que telarañas. El sargento Mustachel arrimó una escalera a la cuba gorda, la única que estaba llena, y se pasó un buen rato mirando la amarillenta superficie del vinagre mientras se fumaba una pipa.

—Si se ha escondido en el fondo, terminará por sacar el morro como las ranas.

—¿De quién habláis, señor? —preguntó fray Silvino.

—De ese maldito Empecinado. Dos días detrás de él y se nos ha escapado en nuestras propias narices.

Fray Silvino se rascó la cabeza. Luego juntó las manos en sus mangas y rezó para sus adentros un padrenuestro mientras murmuraba:

—Sea quien sea ese que ha entrado, Dios lo acoja en su seno. No ha tenido una muerte muy dulce, sino avinagrada.

Estaba el sargento dando las últimas chupadas a su pipa cuando fuera se oyó un sonoro rebuzno como una trompeta. El sargento bajó precipitadamente de las escaleras y se asomó a la puerta.

—¿Qué pasa?

—Hemos encontrado al borrico blanco.

—¿Qué borrico?

—El borrico del general.

—¡Ese borrico es mío! —gritó un frailecillo que salió del convento.

Era fray Perico.

12. Se van las moscas

EL sargento se acercó.

—Ese borrico es de Francia —añadió el sargento.

—Este borrico es de Salamanca y es mío: me lo vendieron los gitanos.

El sargento se atusó los bigotes y dijo:

—Ese borrico y todo lo que hay aquí es de Francia. Y esa puerta y ese botijo y ese fraile y esa campana.

—¡Y una castaña! —exclamó fray Perico.

El fraile cogió al burro del ramal, pero el sargento tiró de la cola del animal. Entonces, todos los soldados agarraron al sargento y todos los frailes agarraron a fray Perico. Y como los soldados habían comido mejor en la guerra y jamás habían hecho penitencia, tuvieron más fuerza y lograron sacar al borrico del convento.

Estaba fray Silvino desolado viendo cómo los soldados se llevaban al asno, cuando una cabezota salió de pronto por el borde de la tinaja.

—¡Hermano!

—¿Eh?

Qué susto de ver aquella cabeza asomar por la boca de la cuba y de escuchar aquella voz que resonaba en el interior de la tinaja como un alma en pena.

—¿Quién eres?

—Soy el Empecinado.

—¿Vivo?

—Vivito y coleando.

—¡Bendito sea el Señor!

—Y bendito ese borrico. Si no es por él, me ahogo. Ya me faltaba el aire. Mal se está debajo del vinagre.

—¿Y cómo respirabas?

—Llevo siempre un canutillo de caña de esos con que los pastores hacen sus flautas. Con él respiro.

—¿Y lo llevas contigo?

—Sí. Más de una vez me ha hecho falta en ríos y balsones, y hasta en alguna otra cuba de las muchas que hay en Salamanca.

—Pues yo había rezado ya un rosario al Señor, y veo que no hacía falta.

—Siga rezando, que me hará falta.

Y aquel hombre se asió al borde de la tinaja, hizo un esfuerzo y saltó prodigiosamente fuera de la gigantesca vasija. Para ello se había agarrado a una soga que colgaba de la viga principal y solía servir para sacar o izar los cubos de mosto.

—¡Ave María Purísima! —se santiguó el fraile.

—Sin pecado concebida —contestó el hombrón.

—¿Dónde vas?

—A salvar a ese borriquillo y a ese fraile. Y salió corriendo, llevándose tras de sí a todas las moscas del convento.

13. El Empecinado

ESTABAN los frailes abrazando al burro, los franceses tirando del ramal, la albarda rodando por el suelo, cuando, ¡pum!, el sargento disparó el mosquetón al aire, y ¡todos al suelo! Todos menos el asno, que se quedó quieto sobre sus cuatro patas y con las orejas tiesas.

Los soldados se levantaron y, a una seña del sargento, se llevaron al borrico. Bueno, lo intentaron, porque Calcetín dijo que no y se quedó plantado en el suelo como un olivo.

—¡Adelante!

El burro dio un paso atrás. El sargento, lleno de rabia, se acercó a un avellano y partió con el machete una gruesa rama. Peló la rama, se acercó al borrico y gritó:

—¡Adelante!

El burro dio dos pasos atrás. El sargento levantó la rama y atizó dos estacazos al burro, y el burro dio dos pares de coces que echaron a rodar al sargento.

—¡Por cien mil pares de botas! —gritó el sargento.

Los frailes no dijeron nada, se remangaron y volvieron a abrazar al borrico. El sargento bramaba.

—¡Soldados, carguen!

Los soldados cargaron sus armas.

—¡Apunten!

—¿Adónde?

Los soldados no sabían dónde apuntar: si al burro, si a fray Perico, que estaba en el pilón pataleando, a los frailes,

al aire, al nogal, al campanario…

—¡Apuntad a… yo qué sé!

Los soldados se miraban sin saber dónde apuntar.

—¡Fuego!

Un soldado disparó y cayó una perdiz que pasaba por el cielo.

—He dicho fuego.

Un soldado se acercó con el mechero encendido. Mustachel, de un papirotazo, mandó el mechero más allá de la tapia.

—¡He dicho fu…!

No acababa de decir fuego cuando, de entre unos juncos espesos, surgieron dos manos como dos garras que atenazaron el cuello del sargento. Una voz fuerte, vibrante, surgió también desde los juncos.

—¡Quietos!

Un hombretón de enormes espaldas, barba mal afeitada, todo dientes blancos, apareció entre las zarzas agarrando al sargento como un águila feroz a su presa.

—Di que esos soldados se larguen del convento.

El sargento hizo una señal con la mano y los soldados recogieron del suelo sus gorros de mameluco, se limpiaron el polvo de las botas con el pañuelo, formaron y salieron camino de Ciudad Rodrigo. Mustachel, con los dientes apretados, se fue detrás y, para disimular, hinchó el pecho, se atusó el bigote y gritó:

—Soldados: ¡un dos, un dos, un dos!

Y desapareció por el recodo del camino.

14. El olmo

AQUEL hombre forzudo abrazó a los frailes uno por uno o de dos en dos. Y éstos, emocionados, no sabían qué decir. Sólo habló fray Olegario, que murmuró entre dientes:

—Bendito sea san Francisco. Si no es por el santo bendito…

El tío Carapatata, que había visto todo desde lo alto de un carro lleno de paja, asomó su cara de patata y dijo:

—No bendigáis a san Francisco. Os habéis salvado gracias a este hombre.

Los frailes miraban a su salvador, a quien nunca habían visto. Debía de tener unos treinta años y tenía un semblante fiero y adusto. Se había quedado plantado en medio del camino y miraba de abajo arriba a un altísimo olmo, que debía de medir más de treinta metros.

Llevaba una capa parda castellana y un sombrero de alas anchas. El hombre se retorcía el bigote con su mano derecha y se peinaba con los dedos una barba negra y cerrada que le subía como una parra por las patillas.

Un ejército de moscas aureolaba su figura y él las espantaba de vez en cuando agitando su anchísima capa.

—¡Maldita sea!

Los frailes se echaron atrás asustados.

—¿Qué pasa? —preguntó fray Perico.

—Estas moscas. Con el dichoso vinagre y el sol de la tarde, pican como demonios.

—Pasa y métete en el pilón o en la noria.

—No hay tiempo. Esos franceses pueden volver.

El hombre, de pronto, debió de pensar algo. Dejó su capa en el suelo, se quitó las botas y se acercó al olmo más alto.

Se abrazó al tronco y empezó a trepar con la agilidad de un gato. Pronto se perdió entre la hojarasca. De vez en cuando, su cuchillo relucía entre las hojas, cada vez más arriba. Al poco rato, por encima del olmo se vio flamear su blanca camisa.

—¿Se van? —gritaron los frailes.

—Sí. Han torcido hacia la izquierda.

—Entonces van hacia Duruelo.

15. Las lágrimas de San Francisco

HUBO un silencio y, al rato, el árbol comenzó a temblar, las hojas vibraron y resonaron las ramas. Instantes después, la cara renegrida y los cabellos negros y retorcidos de aquel hombre temerario se divisaron entre las primeras ramas. Enseguida, sus pies estaban en la hierba de nuevo.

—Hay que marcharse —dijo.

—¿Te vas solo?

—Sí. A mí no me hace falta compañía.

El padre superior se rascó la cabeza.

—El burro está en peligro. ¿Por qué no te lo llevas a tus tierras?

—¿Qué tierras?

—Allá, a Valladolid.

—¿Cómo sabéis…?

—¿Que no eres de aquí?

—Sí.

—Ese acento no es de por aquí, es de más arriba, de tierras del Duero.

El desconocido se acercó y, acariciando con su mano morena la cabeza del asno, añadió:

—Lo llevaré allá, a mis tierras, a Castillo del Duero. Allí podrá pacer a su gusto y, cuando los franceses se vayan, lo traeré gordo y lustroso como un cerdito.

Los frailes abrazaron al burro y se hartaron de llorar. Luego lo llevaron ante san Francisco para que se despidiera.

San Francisco miraba al techo como si no fuera la cosa con él, pero lo hacía para que no se le quitara la pintura de la cara con los lagrimones que pugnaban por salir de sus ojos castaños.

Los frailes se dieron cuenta y no sabían qué hacer.

A todo esto, la capilla estaba de bote en bote, pues además de los frailes y el guerrillero y el burro y el tío Carapatata, habían entrado las cincuenta mil moscas. Éstas estaban un poco conmovidas por tanta seriedad, por el olorcillo de las flores y por el sol que se colaba por las vidrieras, así es que se quedaron quietecitas en la pared sin volar ni molestar; pero, claro, los muros estaban negros y se oía un zumbido de cien mil pares de diablos.

16. La despedida

AL fin salieron todos. San Francisco se quedó solo y fue cuando se puso a llorar de veras. Se le quitó la pintura rosada de la cara y, al día siguiente, fray Castor tuvo que gastar dos botes en el rostro de la imagen y fray Simplón dos cubos de yeso en tapar la gotera del techo.

—¡Dichosa lluvia y dichosos pájaros!

—Son los tordos que hacen sus nidos en esas tejas —exclamó fray Sisebuto desde abajo, aunque él bien sabía de dónde habían salido aquellos goterones.

Y dicen los libros del monasterio que los frailes llevaron al asno a la puerta del convento y que aquel hombre abrazó otra vez a los frailes y se subió sobre el borrico. Lo arreó con sus botas, pero el animal no se puso en marcha. Agachó la cabeza, estiró las orejas, arrugó el hocico y no se movió ni un centímetro.

—¡Vamos, Calcetín! —le dijeron los frailes.

Fray Perico, que no hacía más que sorberse las lágrimas detrás del olmo viejo, se adelantó para animarlo.

—Venga, si es sólo un paseo.

Nada, el asno movió la cabeza y nada. El hombre bajó del burro y tiró del ramal. Nada. El hombre cogió el bastón de fray Olegario y lo levantó.

—¡Eh! —chillaron los frailes—. Que le haces daño.

El hombre volvió a tirar del ramal y los veinte frailes empujaron con todas sus fuerzas. El padre superior se rascó

la cabeza e hizo una señal.

—¡Sube!

Fray Perico subió y el asno se puso al trote.

—Ya está —dijo el padre superior—. Id con Dios y volved pronto y con bien.

El hombre echó a correr y en un instante se perdieron los tres por el primer recodo del camino. La turba de moscas los siguió zumbando alegremente y el convento se quedó silencioso y mudo, como vacío, y los frailes, sin decir palabra, volvieron al convento, entraron en la capilla y se pasaron la tarde como ensimismados.

17. Contando estrellas

ANDUVIERON horas y horas, y cuando llegaron a una posada, entraron a buscar cena y descanso. Salió el posadero y, al ver a un fraile, a un burro y a un hombre con aquel traje descolorido y aquel olorcillo a vino rancio, quiso cerrar la puerta.

—No hay cama ni mesa vacía para dormir ni para cenar.

El posadero cerró de golpe la puerta mascullando no sé qué palabras. Juan Martín Diez, que así se llamaba el Empecinado, cerró los puños, y ya iba a dar una patada a la puerta cuando fray Perico le sosegó.

—¡Calma, hermano Juan Martín, Dios proveerá! Retirémonos a descansar debajo de esa encina.

—¿Y qué cenaremos?

—Bellotas. Dios nos ha provisto de ellas en abundancia. No hay más que recogerlas del suelo.

El hombre de la barba negra se sentó malhumorado y fray Perico bendijo la comida. Los tres cenaron en amor y compaña y se echaron luego a dormir en el santo suelo.

—Estoy harto de dormir sobre cardos —murmuró Juan Martín—. No pegaré ojo.

—Cuenta estrellas y te dormirás.

—Hay nubes y no se ve ni una.

—Pues cuenta corderos. ¿No oyes esas esquilas? Borregos son. Cuéntalos y se te cerrarán los ojos.

Pero los borregos resultaron ser ovejas que venían a pasar la noche bajo la encina, y entre los balidos y los tintineos no se podía pegar ojo. Fray Perico se había echado encima de un hormiguero y se puso a contar las hormigas que se iba quitando una a una de la barba.

Así estaban cuando comenzaron a oírse gritos en las habitaciones de la venta y a abrirse las ventanas y a salir por la puerta los huéspedes a medio vestir y echando maldiciones.

—¡Maldita sea, no vuelvo por aquí!

Salían con sus rucios con viento fresco y, en pocos momentos, la mitad de la venta estaba vacía. Fray Perico pensó que algo extraordinario había ocurrido y se acercó a ver lo que pasaba.

—¿Que qué pasa? Se ha llenado la venta de moscas, y no sé ni por dónde han entrado ni de dónde han salido.

18. El sermón de las cincuenta mil moscas

LAS moscas habían llegado detrás del asno y, al ver que sus señores no entraban por la puerta, entraron por la ventana. Cenaron lo que pudieron, que fue mucho, de mesas, pucheros, jamones, panes y quesos; bebieron lo que les dio la gana, de jarros, vasos, cántaros y pellejos, y se fueron con toda su poca vergüenza a dormir a cuadras y pajares, sobre las orejas de los caballos o en los mullidos colchones de los arrieros, carreteros y caminantes.

Y como la venta se quedó vacía, nuestros tres amigos entraron por la puerta del rey, cenaron y tuvieron para ellos las mejores habitaciones.

—Lo único son las moscas —se excusó humildemente el posadero.

—Eso lo arreglo yo —exclamó fray Perico.

—Atícelas con este espantamoscas y tengan ustedes mucha paciencia.

Cuando fray Perico se quedó solo, se subió a una mesa del comedor y dijo:

—Hermanas moscas, ya habéis dado bien la lata. Habéis invadido el convento, habéis vuelto tarumba a fray Olegario y habéis hecho decir palabrotas a fray Silvino. Es cierto que sois hermanas nuestras, pero sois muchas y un poco molestas. Además tenéis la facultad de volar y de posaros donde os da la gana, por lo que sois las reinas de la creación

y señoras de Castilla. Marchaos, pues, y repartíos otra vez por todos los corrales de donde venís y llevad la paz del convento a vuestros estercoleros y muladares, donde sin duda os echan de menos. Llevad la paz de Dios.

Fray Perico las bendijo y las abrazó también una por una, y ellas tomaron las de Villadiego por la chimenea, ante el asombro del posadero, que no sabía si soñaba lo que veía.

Pasó la noche sin más percances y, al despertar la mañana, salieron nuestros tres personajes camino de Cantalapiedra y Alaejos y cruzaron el famoso río Trabancos, lleno de ranas y de frescos álamos. Allí lavó sus ropas aquel enigmático hombre de la negra barba. Mientras lo hacía, oyeron un golpeteo de herraduras de caballos y voces en una lengua que no era la de Cervantes.

—¡Los franceses!

—Hay que esconder al burro.

19. El cuchillo en el agua

PRIMERO se escondió el hombre entre las malezas. Luego, fray Perico llevó al asno hasta unas rocas blancas, que con su blancura podían disimular el blanco pelaje del asno.

Los franceses detuvieron sus caballerías e hicieron fuego con pinas y leña.

—¿Estará por aquí?

—¿Quién?

—Ese Empecinado. Hace dos días, creo que se metió en una cuba y estuvo metido en vinagre un día entero.

—¿Y no se ahogó?

—Debió de ahogarse, pero luego resucitó. Ese hombre es un demonio.

Así hablaban cuando apareció un soldado francés con una chaqueta pringosa colgada del extremo de un palo.

—¿No será la del Empecinado?

El oficial, un tal Perigord, observó la chaqueta, registró los bolsillos y sacó un papel escrito con tinta medio borrada.

y cuando pasen por el puen…
atacad. Son diez cajas con onzas de
oro para la paga de los sol…

—¡Registrad la zona! Tal vez sea él o algún guerrillero de su calaña.

Los soldados se levantaron y se desplegaron para batir el terreno. Uno enseguida encontró un zapato; otro, la gorra de piel de conejo; otro, la camisa.

—¡Alguien ha estado aquí!

—Podría ser un bandolero —dijo un soldado.

—O un cazador furtivo.

Desde la guarida donde se había escondido el fugitivo, se oían cercanas las voces de los soldados y sus pisadas torpes y cautelosas.

—¡Aquí no hay nadie!

La voz estaba encima de su cabeza. Una madriguera de nutria excavada bajo la maleza de la orilla le permitía respirar sin ser visto.

—¡Aquí brilla algo! Es un cuchillo.

La hoja del cuchillo relucía cerca, casi a los pies del perseguido. Había que escapar de allí y era casi imposible. El hombre de la barba miró hacia atrás. Un oscuro agujero, la hura de algún animal, abría su boca casi a ras del agua.

20. El ermitaño

EL hombre se agarró a las húmedas paredes y comenzó a arrastrarse como una culebra.

El agua de las recientes lluvias había excavado el cubil de aquellas alimañas y había abierto un agujero lateral, que llegaba a una barranquera, por donde se precipitaba el agua que se escurría de la montaña.

Por allí salió nuestro héroe y fue a encontrarse en un torrente estrecho y profundo bien guardado por helechos, cañas y juncos. Se abrió paso cerro arriba como un reptil y dejó pronto atrás las voces de sus perseguidores.

—Rastread bien la charca. No andará lejos… —gritaba una voz.

Poco a poco, el guerrillero llegó hasta el altozano donde se había ocultado fray Perico y pronto encontró la cuevecilla donde éste se había guarecido con el borrico. Poco tiempo hubo para que ambos hombres se estrecharan la mano llenos de alegría. Se oían voces de alguien que subía.

—¡Son ellos!

—Te espero en el molino del Cega —murmuró el hombre de la barba.

Fray Perico se echó a temblar.

—¿Y qué hago con el burro? Lo reconocerán. Ya vienen.

—No lo sé. Me voy. San Francisco te salve.

Fray Perico no sabía qué hacer. Echó la capa castellana de su compañero sobre el burro, se hincó de rodillas y se

puso a rezar a san Francisco.

Una nariz gruesa, una guerrera azul, unos bigotes y un soldado francés. Otra nariz gruesa, otra guerrera azul, unos bigotes y otro soldado francés. Otra nariz gruesa, otra guerrera azul y…

—Pagdón, mesié, est-ce que vous priez?

—No lo sé —contestó fray Perico.

Los soldados, al verlo de rodillas en la cueva, pensaron que era un ermitaño de los que poblaban aquellos parajes.

—Avez-vous vu un homme?

Fray Perico levantó los hombros.

—Yo no compre pan.

A todo esto, un soldado se había sentado sobre la capa pensando que estaba encima de una piedra.

21. La guerrera azul

AL soldado le pareció que aquella roca se movía y hasta pensó que la había oído protestar, pero no le dio tiempo de nada más porque fray Perico se levantó de pronto y lanzó un grito:

—¿Qué veo?

No era más que un hombre con una guerrera azul que pasaba por delante de la cueva. El hombre le hizo una seña y sonrió. Los franceses no repararon en él. Les pareció uno de ellos. Nadie le había visto un momento antes, cuando le había quitado la guerrera al espantapájaros que protegía el trigal. Tampoco nadie le vio avanzar con paso decidido ni notó que sus pantalones eran de color verde aceituna y que no llevaba botas. Iba descalzo.

Cuando se dieron cuenta, Juan Martín dio un salto, montó sobre el mejor caballo y salió trotando camino adelante.

—¡A por él! Es él.

El jefe protestaba gritando unos juramentos que ponían los cabellos de fray Perico de punta. Luego, volvió furioso la cabeza y se encaró con fray Perico.

—Est-ce que vous savez quelque chose?

Fray Perico levantó los hombros.

—Yo no tengo alcachofas. Yo sólo ceno un poco de pan.

—¿Sólo pan? Pues espera. Ahora vuelvo y comeremos los dos juntos. El oficial, rechinando los dientes, saltó sobre las ancas de un mulo que llevaba el bagaje de los soldados y

salió como pudo trotando detrás de su destacamento. Fray Perico retiró la capa e hizo levantar al burro.

—Habrá que cambiarte el pelo, Calcetín.

Rebuscó en los rescoldos del fuego y con unos tizones pintó el pelo blanco del asno.

—Ahora pareces otro. Yo me pondré la capa y correremos hasta el molino del Cega.

22. El burro negro

EL molino estaba junto a una estrecha garganta del río. Fray Perico llegó allí y llamó a la puerta. ¡Pom, pom, pom! El agua levantaba nubes de espuma al golpear contra las palas de la aceña y hacía un ruido terrible.

—¡Ah de la casa! —gritó fray Perico.

Un anciano que estaba sentado en un largo banco de piedra miró con curiosidad al recién llegado. Fray Perico se acercó al anciano.

—¿Funciona el molino?

—¿Eh?

—¡Que si funciona el molino!

El viejo se levantó y empujó la puerta. La puerta giró y una nube de harina cayó desde arriba por la tolva.

—Claro que funciona, ¿no lo ve?

Fray Perico se puso blanco, y el burro más. Lo peor era que con sus voces el fraile había espantado las palomas del tejado y, lo que es aún peor, había atraído a unos soldados que pasaban por el camino real.

—¿Habéis visto a un fraile y un burro blanco?

Ya iba a decir fray Perico que sí cuando el anciano tiró con fuerza del faldón del fraile y dijo:

—¿No me has conocido?

—Pues no.

—Soy tu amigo Juan Martín.

—¡Arrea!

—No digas nada. Embózate bien en la capa y baja el sombrero.

—¿Y el burro?

—¡Maldita sea! Con la harina se ha vuelto blanco de nuevo. Sabrán que es él.

Los soldados se acercaron y, sin desmontar del caballo, cruzaron el puentecillo y se detuvieron a la entrada.

—Si no me engañan los ojos, ¿no es ese asno blanco como la nieve el que buscamos?

Fray Perico levantó un poco la capa y sacudió la piel del borrico. La harina cayó al suelo y apareció un borrico negro como el carbón. Pero, por debajo de la capa, uno de los soldados notó los hábitos del fraile.

—¿No eres tú fray Perico?

—¿Yo?

—Sí, tú.

Los tres jinetes desmontaron de sus corceles y se acercaron al extraño hombre de la capa.

—¡A ver la cabeza! ¿Llevas coronilla como los frailes? Quítate el sombrero.

Fray Perico se quitó el sombrero castellano y apareció una cabeza pelada con un cerquillo de pelo.

—¡Aja! ¡A ver, quítate la capa! Seguro que llevas hábito pardo y cordoncillo franciscano.

23. El burro blanco

FRAY Perico dijo que no. Se aferró a los pliegues de la capa y no había manera de quitársela. Los tres hombres forcejeaban con fray Perico y fray Perico, como un erizo, se había hecho una bola y no se sabía dónde tenía la cabeza y dónde los pies. El asno, que vio a su amo acosado y agredido, comenzó a dar coces a diestro y siniestro y una de sus pezuñas fue a golpear las posaderas del pobre fraile.

Cayó el fraile, cayó su capa, cayeron los tres soldados agarrados a la capa, cayó el asno, cuyas riendas llevaba fray Perico, y al final cayó el hombre de la barba, que quería sujetar al asno por la cola. O sea, que cayeron todos.

El agua estaba fría y era profunda en aquel lugar. De fray Perico, que no sabía nadar, asomaba sólo la capucha. Al asno, que jamás había visto más agua que la de los cangilones de la noria, sólo se le veían las orejas. Los soldados apenas sacaban su larga nariz y sus negros bigotes para gritar:

—¡Por cien mil pares de botas, os ahorcaremos!

El Empecinado, de tres brazadas vigorosas, se llegó a la orilla, subió prestamente al muro de piedra que contenía el agua y cogió de la capucha a fray Perico.

Pronto aparecieron la cabeza pelada y las manos temblorosas del fraile. Como estaba agarrado del cuello del asno, no fue fácil sacarlo. Pero Juan Martín, que tenía una

fuerza increíble, los sacó a los dos cogiéndolos con sus manos poderosas.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó fray Perico vaciando su capucha de agua, ranas y peces.

El borrico no dijo nada. Rebuznó, eso sí, sonoramente, y todos los borricos de las márgenes del río rebuznaron con él, mientras todos los gorriones de las alamedas se elevaban asustados.

«Algo pasa en el Trabancos», pensaron los molineros y los barqueros.

A todo esto, los tres jinetes se acercaron a la orilla de juncos que bordeaba el camino real. Y consiguieron agarrarse a los matorrales mientras gritaban y amenazaban con mil juramentos.

—¡Ah, malditos! Ése es el burro blanco, y ése, el dichoso fray Perico, y ése, el maldito Empecinado buscado por todos los ejércitos franceses. Esperad un poco y veréis cómo pica la soga en el cuello.

24. El tronco podrido

PERO el hombre de la barba, que los franceses llamaban Empecinado, no esperó. Se acercó cortésmente a los tres soldados y, con un tronco podrido que flotaba junto a la orilla, los golpeó en la cabeza después de quitarles sus morriones de piel de gato.

—Pagdón.

—No des tan fuerte —gritó fray Perico.

—Es sólo un chichón. Lo justo para escapar.

El hombre de la barba sacó luego a los tres soldados que se hundían en el cieno, los tendió en la hierba, cogió de nuevo el tronco y se dispuso a golpearlos otro poquito.

—Déjame a mí. Tú eres muy bruto —interrumpió fray Perico, y le dio un golpecillo al primero, un golpecillo que hizo sonreír al soldado.

Éste abrió los ojos y balbuceó:

—¿Dónde estoy?

—Aquí —contestó el Empecinado tomando el tronco y golpeando un poquito más fuerte.

Fray Perico cerró los ojos, el asno también, y sonó un ruido hueco y profundo. ¡Plom!

—¡Felices sueños, amigo! —murmuró fray Perico.

—Vamos antes de que despierte, hermano —añadió Juan Martín—. Y ahora coge tu asno, quítate ese hábito de las narices y pide al molinero cualquier ropa.

—¿Y mi pobre hábito?

—Échalo al río.

Fray Perico entró en el molino y al poco rato salió vestido con unos pantalones de pana remangados, unas botas rotas, una boina de color liebre y un perro que le mordía los zancajos.

—¡Eh, molinero! —grito el Empecinado.

—¿Molinero? Soy fray Perico.

—¡Atiza! ¡Es cierto!

Del molino salió a calmar al perro una viejecilla vestida de negro.

—¡Demonio de perro! Huele la ropa que te has puesto y cree que eres su amo.

El perro seguía mordiendo los pantalones de fray Perico y éste tuvo que saltar sobre el asno y salir trotando hacia el camino.

25. Galopando a Aranda

—¡ESPERA! —gritó el Empecinado.

Fray Perico paró el asno. El Empecinado sacó su pistola y disparó al aire. Los caballos de los franceses, que pastaban sueltos junto al pozo, salieron desbocados en dirección al río.

—¡Cuidado, se va también tu caballo!

—¡Déjalo! Él sabe dónde buscarme.

En efecto, el Rojo, el caballo del Empecinado, salió galopando hacia la montaña y se perdió entre las rocas.

—¿Vamos?

—Vamos.

El Empecinado miró atrás. Los oficiales, al oír el ruido del disparo y el galope de los caballos, levantaron la cabeza.

—¿Dónde estamos? —preguntaron.

Pero fray Perico y el Empecinado estaban ya muy lejos para contestarles, y la vieja, como debía de ser sorda, se metió en el molino y cerró la puerta.

—¡Habrá que correr! —exclamó el Empecinado.

Fray Perico espoleó al burro y éste inició un trote largo que casi derriba al fraile.

—¿Dónde vamos tan deprisa?

—Vamos a Aranda.

—¿A Aranda? ¿No podíamos ir más cerca?

El Empecinado no contestó, sólo señaló en la dirección del molino. Los tres oficiales franceses corrían todo

despeluzados y gritaban:

—¡Eh! ¡Venid aquí, volved en nombre del emperador!

Fray Perico se quedó temblando.

—¿Quién es ese emperador?

—Un francés, rey de Francia y de media España.

—¿Y qué quiere?

—Tal vez ahorcarnos.

—Entonces, vamos a Aranda.

Y fray Perico picó al asno y no paró de correr durante dos días y dos noches, hasta que los campanarios de Aranda se vieron en la lejanía.

26. La leña del rey

EL Empecinado corría detrás con la lengua fuera.

—¿Paramos?

—¡Sí! —exclamó el Empecinado—. Para y ponte a coger leña en ese bosque.

—¿Para qué?

—Para cargar al burro.

—¡Pobre burro!

—¿Pobre burro? Si lo quieres bien, cárgalo, que un borrico parece robado si va vacío, y si es robado te ahorcarán por ladrón.

—¿Vacío? Yo voy encima, que por algo soy su dueño.

—¿Y quién va a decir quién es su dueño? ¿El burro?

—Es verdad. Cargaremos al burro hasta que sólo se le vean las orejas —exclamó fray Perico.

Así estaban hablando y cargando el asno en unos montes que llaman Altos de la Mula, cuando apareció la Santa Hermandad. Eran siete hombres de oscuro bigote, escopeta ancha, ropilla negra y cuello de lechuga o escarola.

—¡Alto!

—¿Dónde vais?

—A Aranda de Duero.

—¿De dónde venís?

—De muy lejos, de Salamanca.

—¿Qué traéis de allí?

—Ya lo veis: ramas, troncos de encina. Creo que se ve.

Los alguaciles miraban a los dos hombres y chasqueaban la lengua.

—¿Lleváis licencia?

—¿Para qué?

—Para cortar leña.

—La leña es de todos.

—La leña es del rey. Habéis robado al rey.

—¿Al rey? El rey no se va a arruinar por unas cuantas ramas secas.

—¡Respeto al rey! —exclamó el corregidor.

A todo esto, los alguaciles habían tirado la leña al suelo y registraban las alforjas.

27. La cárcel de árboles

—¿Y este hábito de fraile?

—Es mío.

—Tú no tienes cara de fraile.

Fray Perico se quedó maravillado al oír aquello y se inclinó para ver en el arroyo la cara que tenía.

—¿Traéis armas?

—No.

Un alguacil sacó de la alforja una navaja descomunal. Fray Perico se quedó sin habla.

—Eso es para cortar el queso —atajó el Empecinado.

—Pero ¡si no llevamos queso! —exclamó fray Perico.

El Empecinado hizo señas a fray Perico para que callase. Pero era tarde. El alguacil dio una orden con la cabeza y los hombres de la ropilla negra sacaron unos pesados grillos y trabaron las manos y los pies del Empecinado.

—¿Y a mí?

—Tú te salvas, pues hemos gastado todos los cepos y grillos en otros truhanes como vosotros. Irás delante tirando del ramal.

Los alguaciles picaron al asno, y toda la comitiva cruzó la ciudad y llegó a primeras horas de la noche al barrio de Allendeduero. Había un corral grande con unas tapias de adobe de ocho o diez metros de altura.

Los alguaciles metieron allí a los tres reos, cerraron la puerta, que era gruesa y pesada y estaba bien asegurada

con candados y cerrojos, y se fueron con las llaves, que tintineaban suavemente.

—¿Qué hacemos ahora? —murmuró fray Perico desalentado.

—Escaparnos.

—¿Por dónde?

—Por donde sea. Nos esperan dos semanas de cárcel y lo que es peor.

—¿Hay algo peor?

—Te quitarán el burro.

28. Una hazaña increíble

AL oír esto, fray Perico comenzó a gemir y a lamentarse, y a abrazar al burro. Luego se puso de rodillas y empezó a rezar y a pedir a todos los santos que le ayudaran. Tanto rezó que se quedó dormido de rodillas entre la paja, con las manos juntas y los ojos cerrados.

Cuando el Empecinado sintió que roncaba, pensó que era el momento de salvar al borrico. Se levantó de puntillas, hizo incorporarse al asno, lo cogió de la brida y lo llevó a la otra esquina del corral, que tenía más de cien pasos de largo.

—¿Por dónde escaparnos? Por la puerta, imposible. ¿Y por el muro?

Recorrió el muro con la vista y su rostro se nubló. Era alto, altísimo, una tapia de ladrillos de adobe sin una hendidura donde agarrarse. Un lagarto, quieto, pegado a la pared, le miraba como diciendo:

«Si quieres escapar, aprende de mí».

El Empecinado lo miró largo rato, y de pronto se dio una palmada en la frente. Buscó en las alforjas y cogió la navaja. Era grande y de hoja bien templada. Se acercó a la pared y con la navaja comenzó a rascar los adobes de trecho en trecho para hacer una escalera. En dos o tres horas de trabajo, llegó hasta lo alto de la tapia. Al llegar arriba, asomó su cabeza. Por todas partes, barranqueras; por el norte corría el Duero por una profunda hoya.

El Empecinado descendió de nuevo al corral, cogió su faja de punto de seda, tendió en el suelo al borrico y ató sus cuatro patas como si fuera un cordero o un cabritillo. Se echó el asno a la espalda, pasó la cabeza entre las patas del animal y cargó con él, como el que lleva unas alforjas. Luego comenzó a trepar agarrándose a los huecos de la pared.

—¡Ya está!

Al llegar a la cima, desató las patas del asno y, anudando su faja a la cincha del animal, lo hizo bajar poco a poco hasta el otro lado. El burro pataleaba asustado al ver aquel abismo. Cuando sus patas tocaron tierra, echó a trotar barranco abajo. Unos instantes después, Juan Martín se lanzaba desde lo alto del muro a la profunda hoya, entre la alarma de los sapos y las ranas que la poblaban.

29. La oración de Fray Perico

EL día siguiente, diez o doce alguaciles subieron por la cuestecilla del corral, se pararon ante el portón y, ris-ras, abrieron la pesada cerradura. ¡No había nadie!

Los alguaciles, alarmados, recorrieron las corralizas, los pajares, echaron un montón de heno abajo, miraron en el estercolero, en las caballerizas, en el pozo, hasta que al fin apareció fray Perico roncando detrás de unos haces, rodeado de gallinas.

—¿Dónde está Juan Martín? —le preguntaron.

Fray Perico se levantó asustado. Corrió como un loco por el corral, miró, buscó, rebuscó, llamó, gritó dentro del pozo, y su voz resonó:

—¡Juan Martín!

Nada, al Empecinado se le había tragado la tierra. Fray Perico se rascó la oreja. Luego, de pronto, le vino a la mente su asno.

—¿Y mi burro?

—Tu burro ha volado.

Fray Perico miró al cielo. Sin duda su oración había sido escuchada. San Francisco le había dado alas y sobre él había volado Juan Martín. Fray Perico contó al corregidor que él, aunque vestido de campesino, era fraile y venía de Salamanca huyendo de los franceses, y también contó lo de san Francisco. El corregidor tenía la boca abierta, y más al

oír la historia del convento y los milagros de la imagen. Así que todos creyeron que aquello era un nuevo milagro.

Al verle, tan bueno e inocente, le devolvieron el hábito, que en la alforja estaba, y le dejaron marchar camino adelante.

Anda que te andarás, fue a dar al vecino pueblo de Castrillo del Duero, donde, por azar, pidió por Dios pan y posada en una casa con escudo de piedra y puerta de nogal que había en la plaza.

—Ésta es, sí, ésta es la casa de Carmina, la novia del Empecinado. Aquí está el escudo y la puerta. Aquí me darán pan y cobijo. Llamaré.

30. Otra vez el rey

¡PAM, pam!

Abrió la puerta un viejecillo, y detrás una viejecilla, y detrás una mozuela como de veinte años, y los tres le dieron pan y tocino y luego le dejaron pasar la noche en el pajar. Allí podría rezar y descabezar un sueñecito.

No hacía una hora que fray Perico se rascaba sus pulgas y rezaba su rosario cuando en la puerta se oyó pedir cena y cama; pero no por Dios, sino a golpes en nombre del rey.

—¡Otra vez el rey! —se extrañó fray Perico.

Se oyeron cerrojos y, luego, rodar de espuelas y sables por la cocina y correr de mesas y sillas y platos y más platos y copas y botellas, hasta que a fray Perico se le cerraron los ojos y se durmió.

Unas voces le hicieron saltar de su lecho. Eran voces, tan agrias unas y tan desesperadas otras, que el pobre fraile acudió a la cocina pensando que algo muy grave sucedía.

Fray Perico miró por la cerradura y vio a dos casacas azules, con la cara aterrada, sentados en unas sillas. Sobre sus cabezas relucía un hacha, que empuñaba la joven que le había dado posada.

—¡Deja el hacha!

—No. Marchaos y no volváis a entrar en esta casa.

Fray Perico vio como uno de los casacas azules extendía la mano y buscaba la pistola que estaba colgada de la

pared. El fraile se persignó, abrió de golpe la puerta, se abalanzó sobre el oficial y le agarró por el brazo.

—¡Quieto en nombre del rey!

Los dos oficiales se quedaron helados al ver surgir a aquel hombre como de debajo de la tierra.

—¡Soltadme, maldita sea!

El oficial se revolvió para coger la pistola con la otra mano, pero de pronto se abrió con estrépito la ventana y apareció una cara pálida y terrible.

—¡El Empecinado! —gritaron todos.

—¡Fuera, y dejad de atropellar a las personas decentes!

Los dos casacas azules retrocedieron hacia la puerta. El trabuco de Juan Martín les apuntaba.

—Os espero en el Salto del Caballo.

—Allí estaremos.

Y los dos hombres salieron a la oscuridad, tomaron sus caballos y partieron de estampía.

31. Las tres cruces

TODOS se abrazaron con gran alegría y cenaron con mucho guiso de cordero y perdiz, y con gran chocar de vasos de vino; pero fray Perico no bebió.

—¿Qué te pasa?

—Estoy triste por mi asno. ¿Dónde estará?

—Tu burro está ahí fuera.

Fray Perico dio un brinco y salió a la plaza, y allí vio al animal, que bebía en la fuente. Fray Perico lo abrazó mil y mil veces y le preguntó cientos de cosas. El asno seguía bebiendo el agua fresca de la fuente y fray Perico pidió entonces la bota de vinillo de Fuentecén y, cada vez que el asno bebía, él se echaba un trago largo. Al rato, a fray Perico todo le daba vueltas.

—¿Vamos? —preguntó Juan Martín.

—¡Vamos! —exclamó fray Perico sin saber dónde iba.

No lejos de Castrillo hay un lugar agreste lleno de rocas y barranqueras llamado el Salto del Caballo. Corre por allí el Duero y, a su lado, el camino que va a Peñafiel.

Juan Martín marchaba pensativo. Fray Perico iba detrás diciéndole no sé qué cosas al asno, que también caminaba pensativo. Al pasar entre unas barrancas, fray Perico paró su asno. Una cruz de madera se alzaba a la orilla del camino. Sobre ella había una tablilla con unas letras medio borradas.

AQUÍ YACE MELERO, EL FAMOSO BANDIDO,

MUERTO POR LOS SOLDADOS DEL REY
AÑO MDCC…
UNA ORACIÓN POR SU ALMA

—¿Qué haces, fray Perico?

—Estoy rezando.

—¿Sabes por quién rezas? Ese que está ahí era un ilustre bandolero que se comía a la gente cruda.

—Muerto está, y que Dios lo juzgue.

Juan Martín se quitó el gorro y rezó también brevemente. Al asno no le gustaba el lugar y siguió su trote. Un poco más allá, se detuvo. Había otra cruz entre las breñas.

AQUÍ YACE PIERNAGATO,
FAMOSO DESVALIJADOR DE CAMINOS
MUERTO POR LA SANTA HERMANDAD
AÑO MDCC…
UNA ORACIÓN POR SU ALMA

Fray Perico se puso a rezar y el Empecinado se quitó su montera; pero el burro, que sabía leer, leyó, arrugó el hocico y siguió atemorizado su andadura.

32. La cabra

YA en el último recodo, otra cruz negra de hierro se destacaba bajo la luz del amanecer.

AQUÍ YACE CHAFANDÍN,
FAMOSO SALTEADOR DE DILIGENCIAS
AHORCADO EN ESTE ÁRBOL
AÑO MDCC…

Fray Perico se arrodilló y rezó otros pocos padrenuestros. El Empecinado, subido en su caballo, no se quitó el sombrero ni movió los labios.

—¿Por qué no rezas por éste? —preguntó fray Perico.

—No le hace falta. Aquéllos murieron aquí a trabucazo limpio. Éste tuvo tiempo en la cárcel para que un fraile le bendijera.

Fray Perico pensó que eran muy sabias sus palabras. El burro las oyó, levantó la vista, vio el árbol y siguió con los pelos de punta su camino.

Ya en lo alto, se oyeron cascos de caballo a lo lejos. El guerrillero y fray Perico, desde unas grandes rocas coronadas de lentiscos, vieron como por la hondonada llegaban dos sombras. Eran dos casacas azules.

—Son ellos.

—¿Quiénes?

—Los dos dragones de esta noche.

—¿Va a haber gresca? —preguntó aterrado fray Perico.

—Habrá.

Fray Perico se arrodilló y empezó a rezar abrazado al asno. Mientras, los dos dragones se habían parado y uno señalaba hacia su izquierda.

—¿Ha visto, mi sargento?

Una cabra encaramada en una roca se hartaba de hojas verdes y salvajes.

—¡Atiza, las cabras de Miguelón el pastor! —exclamó Juan Martín—. Va a haber jaleo.

—Voy a disparar, mi sargento —dijo el soldado.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—Será de algún pastor.

—¡Bah! ¿Es que vamos a tener miedo hasta de los pastores?

El soldado apuntó su arma, apretó el gatillo y el animal rodó por el suelo.

—¿Ha visto, mi sargen…?

33. Los casacas azules

NO había acabado de decir esto cuando sonó un zumbido de honda y el soldado cayó al suelo.

—¡Ay, madre mía! —gimió fray Perico tapándose los oídos —. ¿Has oído, Juan? Alguien ha lanzado una piedra.

Asustado, el sargento descendió de su caballo y se abalanzó sobre su compañero caído.

—¡Maldita sea! Está herido. Buena puntería tienen esos patanes.

Después, levantó la vista y vio como un hombre huía entre las rocas. El francés subió al caballo, lo espoleó y, temblando de rabia, subió la cuesta.

—¡Alto!

El lugareño brincaba con agilidad y se escondió un momento para preparar de nuevo su honda.

—¡Ay, madre mía, se matarán! —gimió fray Perico—. Voy a separarlos.

Juan Martín cogió a fray Perico de la capucha.

—La guerra es así, fray Perico. ¿Qué puedes hacer tú?

—Al menos voy a curar a ese soldado que está ahí en el camino.

Corría fray Perico camino abajo cuando el sargento francés, saltando sobre las breñas, llegó al barranco donde el pastor se había escondido y se abalanzó sobre él.

—¡Has sido tú, maldito pastor de cabras! Ahora te toca a ti.

El cabrero tiró al suelo su honda y, gateando ágilmente por una roca, se lanzó a las aguas del Duero, bastante turbulentas en aquel lugar.

—Eres como una alimaña, pero las fieras se cazan.

El francés descendió hacia un vado no lejano y esperó al pastor. Sangraba éste y era empujado por las aguas impetuosas hasta los pies del caballo. El jinete levantó su sable. Una voz se oyó desde lo alto del monte.

—¡Quieto!

Los dos hombres alzaron la vista. Sobre el risco más alto apareció una figura negra subida a un caballo. Llevaba en su mano un sable que brillaba como la luz del sol.

—¡El Empecinado! —murmuraron sorprendidos los dos hombres.

34. El dragón herido

—SÍ. Soy yo. ¿Creías que no vendría?

El pastor huyó entre los juncos.

El dragón, aterrado, espoleó su corcel y buscó la salida de aquel áspero paraje. Fray Perico corría ahora cuesta arriba, después de haber vendado las heridas del soldado.

—¿Otro jaleo? —exclamó, temblando, el fraile.

Al llegar a lo alto del risco, se detuvo. Al otro lado se veía el río, los álamos. Se oían voces tras unas matas.

—¡Allá voy!

El caballo de Juan Martín bajaba hasta un prado cercano al río, donde el sargento ya le esperaba. Según llegaba el guerrillero, el francés apuntó su sable al pecho del otro con un movimiento rapidísimo.

—Toma, aprende. Un soldado no es un aprendiz.

El Empecinado esquivó el golpe y se revolvió como un escorpión. Dobló su caballo en un espacio mínimo y golpeó con el sable la coraza del francés.

—¡Maldito guerrille…!

El francés cayó al suelo. Mientras, fray Perico corría cuesta abajo, y el burro detrás. Un alud de piedras les pisaba los talones.

—No lo mates, Juan, por amor de Dios.

—No te preocupes. El Empecinado no mata a los vencidos.

Fray Perico se acercó y le desabrochó la guerrera.

—Parece que no está mal. ¡Dios sea loado! ¡Vaya golpe!

El Empecinado levantó los hombros, espoleó el caballo y se perdió entre los árboles. Fray Perico arrastró el cuerpo del sargento hasta la maleza. Cerca había una casa de leñadores, que de lejos miraban asustados lo que pasaba ante sus ojos.

Fray Perico cargó al herido en el asno y se dirigió hacia ellos.

—Cierra la puerta —murmuró la leñadora.

El leñador cerró la puerta. Ella colocó detrás de la misma las sillas y la artesa. Pero fray Perico había puesto el pie y la puerta quedaba entreabierta. Sacó entonces el fraile una monedilla de las de san Francisco y se la mostró al leñador.

35. El gato

EL leñador cerraba los ojos para no ablandarse, pero el brillo de la moneda era tan suave que su corazón se derritió.

—Abriré, hermano.

—¡Estás loco, marido! —exclamó la mujer.

Pero así que vio el brillo de la moneda, decidió abrir ella también y quitó la mesa y las sillas. Luego, con mucho amor, los dos leñadores colocaron al herido en un banco de la cocina.

Estaban en ello cuando aparecieron por la vereda dos húsares franceses.

—¿Habéis visto a dos dragones, uno alto y otro bajo, que…?

—Los dragones sólo salen en los cuentos —rió la leñadora.

Los húsares volvieron grupas. Pero mira tú por dónde que fray Perico tropezó en la cocina con la tinaja, la tiró e hizo un ruido de mil diablos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó uno de los húsares.

—Será el gato.

—¿El gato?

Los dos húsares, un poco amoscados, bajaron de sus caballos y fueron hacia la cocina. Fray Perico tapó al herido con unos sacos y se ocultó debajo del banco.

—¿Dónde está el gato? —preguntaron.

Fray Perico vio que el animal estaba en un rincón, con los pelos de punta por tanto ruido y tanto dragón, y fue y le tiró una sandalia.

—Sal, hermano, que preguntan por ti, y que Dios te lo pague si nos salvas.

El gato salió bufando y se escabulló entre las piernas de los soldados.

—Sí, era el gato. Vámonos —y riendo de buena gana, tomaron sus caballos y se fueron camino abajo.

Fray Perico se despidió del herido, de los leñadores y del gato. Luego, cogió al asno del ramal y desapareció por la arboleda.

36. Rigoberto, el bandolero

MARCHABA fray Perico camino abajo rezando por el herido cuando el asno levantó las orejas. El camino estaba lleno de unos pajarracos feos y negros que no hacían más que graznar. Malos augurios eran aquéllos. Fray Perico levantó la vista y vio detrás de unos matojos un cuerpo tendido.

—¡Atiza, el otro soldado que cayó herido esta mañana! No está bien que pase la noche al raso.

Fray Perico cogió una piedra y todos los cuervos desaparecieron.

El soldado había perdido sangre y tenía un chichón en la frente. No había tiempo que perder. Anochecía. Fray Perico envolvió al herido muy bien envuelto en la manta y lo cargó como un fardo en el asno.

—¡Arre, Calcetín!

No había andado más de cien pasos cuando una cuadrilla de unos diez hombres cayó sobre el pobre fray Perico. Era la famosa cuadrilla del bandolero Rigoberto, que asolaba aquellos campos.

—Hermano, ¿qué tesoro lleváis? ¿Joyas del monasterio? ¿Eh? ¿Candelabros de oro…?

—Llevo un hombre medio muerto.

Los bandoleros rieron de buena gana. El jefe, un hombre alto, seco, feroz, al que todos llamaban Rigoberto, iba a

desatar el fardo cuando se oyeron los cascos de muchos caballos.

—¡Los franceses! ¡Vamos! —gritó el bandolero.

—¿Y el tesoro? ¿Lo dejamos? ¡Qué pena!

—¡Imbéciles, cargad con él!

—Pesa mucho.

—¡Llevadlo en el asno, estúpidos!

Fray Perico corría detrás, agarrado a la cola de Calcetín. Rigoberto le apuntó con el trabuco.

—¡Fuera, fuera! No queremos frailes en la cuadrilla.

37. El tesoro

NADA más desaparecer entre los olivos del monte, llegó el escuadrón francés. Eran unos ochenta jinetes. El jefe, un tal Molinete, señaló hacia los olivos.

—¡Por allí! Son diez o doce y llevan un asno —oyó gritar fray Perico, que se había refugiado tras unas zarzas.

Los soldados, en sus rápidos corceles, rodearon el montecillo. Eran tantos y habían llegado tan de improviso que los bandoleros apenas tenían tiempo de escapar.

—¡Jefe, huyamos por la barranquera!

Se trataba de una zanja estrecha que salía al valle entre tupidas encinas.

—¡Vamos!

—El burro no quiere entrar, jefe.

—¡Maldita sea! Pues empujadlo.

El animal daba coces asustado y los bandoleros juraban y perjuraban y mandaban al cuerno al asno y a su jefe. El jefe escupía en el suelo y se daba a todos los demonios.

—¡Veréis, inútiles!

Bajó de su caballo y fue a coger una vara. Pero entonces su propia montura le dio un par de coces y lo tiró por el suelo.

En eso llegaron tres, cuatro, diez franceses y apuntaron con sus mosquetones.

—¡Alto! ¿Quiénes sois? ¿Guerrilleros?

—Somos bandoleros y ladrones. Nuestro oficio es robar.

—¡Mentira, guerrilleros sois!

Rigoberto se molestó mucho y dijo:

—Yo soy el bandolero Rigoberto. Soy ladrón y acabo de robar.

—¿Qué llevas ahí?

—Un tesoro, candelabros de oro… ¡Yo qué sé!

—¿A ver?

Los soldados se frotaron las manos y abrieron bien los ojos. El bandolero bajó el fardo ayudado de otros dos hombres, lo desató y desenrolló la manta.

38. Los pastores

CUANDO aparecieron la casaca azul, el morrión, las botas: ¡el soldado herido!, los franceses se quedaron patidifusos.

—¡Ah, canallas, conque candelabros! Moriréis fusilados.

Los bandoleros escaparon como topos por la barranquera, y detrás corrieron los soldados franceses, gritando:

—¡Alto, alto!

El griterío y los disparos fueron cediendo poco a poco. Se percibió un lejano galopar de caballos y se oyó de nuevo el canto de los grillos.

Fray Perico se levantó. Se encontraba solo, aterido y triste.

—Tendré que buscar a mi asno.

Y el fraile siguió camino adelante durante muchas leguas entre las sombras de la noche. Iba muerto de sueño, de hambre y de miedo, cuando vio una lumbre de pastores.

—Esta buena gente me dará cobijo.

Todos los pastores dormían bien envueltos en sus mantas. Fray Perico se acercó a uno que estaba recostado en un árbol.

—Hermano, ¿duermes?

—No.

—Yo tampoco —replicó fray Perico—. ¿Y por qué no duermes? —añadió.

—Tengo hambre.

Fray Perico fue al caldero y trajo un trozo de carnero. Se lo ofreció al pastor y éste dijo:

—No tengo manos.

—Triste es no tener manos. Yo te daré de comer.

Y fray Perico le puso el trozo de carnero delante de la boca. El pastor daba unas dentelladas terribles. Tres, cuatro, cinco, diez trozos le puso, y diez trozos que se comió, y casi le muerde un dedo al pobre fraile.

39. Soltando a los ladrones

TERMINADA la cena, fray Perico dijo:

—Hermano, vete ahora junto a la hoguera y duerme.

—No tengo pies.

—¿También eres cojo?

Fray Perico descubrió, asombrado, que aquel hombre estaba fuertemente atado con una soga al árbol. Luego lo miró fijamente a la cara y le preguntó:

—¿No eres tú Rigoberto? ¡Tú fuiste el que me robó el burro!

El bandolero se lamentó muchísimo y dijo que no lo haría más, y que por culpa del fraile y de su dichoso tesoro le habían cogido los franceses y lo iban a ahorcar nada más salir el día. Fray Perico comenzó a llorar y el bandido aprovechó para suplicar:

—Trae un cuchillo, hermano.

—No, que me matarás; además, ¿de dónde saco ese cuchillo?

—Coge entonces, hermano, un tizón de esos de la hoguera y quema la cuerda. Fray Perico, temblando, trajo una brasa y liberó al bandolero y a los demás integrantes de su cuadrilla, que estaban atados en otros árboles. Tras bendecir la generosidad de fray Perico, los bandidos cogieron sigilosamente los caballos y las armas de los franceses y se escurrieron entre los matorrales.

—¿Y mi burro?

—Ahí está, atado en ese olivo.

El asno ya iba a rebuznar de alegría cuando fray Perico le tapó la boca y lo desató. Luego, después de abrazar al burro, preguntó al bandolero, que ya se marchaba:

—¿Y el herido?

—Está restableciéndose y roncando. ¡Vamos, venid con nosotros, que el día amanece!

Pero fray Perico bajó por el otro lado entre los helechos del monte.

—¡A las armas, a las armas! —se oía gritar a los franceses.

Sin embargo, los soldados, por más que buscaban las armas, no las encontraban.

—¡A los caballos!

Pero los caballos galopaban camino de Burgos.

40. Los pies de fray Perico

ANDA que te andarás, fray Perico llegó al puentecillo de Arandilla. Como el camino había sido polvoriento, el fraile bajó al río a lavarse los pies. Pero hete aquí que de pronto, y sin saber cómo, se alzó una gran discusión entre unos que llegaban por un lado del puente y otros que venían por el otro, por ver quién pasaba primero. Que si tú, que si yo… Se oyó cargar armas, sonaron disparos y en un momento comenzó a correr la sangre.

Fray Perico se tiraba de los pelos.

—¿No sería mejor que pasaran primero unos y después otros?

Pero enseguida se calló. Los que venían por un lado eran unos veinte casacas azules y los que venían por el otro eran veinte guerrilleros con sus veinte chaquetillas verdes. Por encima de la barandilla, se veía la montera roja del Empecinado. El guerrillero gritaba.

—¡Atrás, atrás, atrás! ¡Viva España!

—¡Adelante, adelante, adelante! ¡Viva Francia!

Al fin, el Empecinado y otros ocho de los suyos, con una feroz embestida, rompieron las filas francesas. El oficial francés y tres de los suyos tuvieron que huir justo por el lugar donde se lavaba fray Perico. Detrás, en su caballo, corría solo el Empecinado con el sable en alto.

—¡Viva España! Rendíos.

—¿No podríais ir a pelear a otra parte? —protestó fray Perico.

Los cuatro soldados franceses salieron a una pradera, que estaba anegada de agua a causa de las últimas lluvias. En un momento, caballos y jinetes quedaron atrapados entre el cieno. Llegó detrás el Empecinado, saltó un seto, se cayó el caballo y el guerrillero quedó aprisionado entre el cuerpo del caballo y el profundo lodazal.

—¡Socorrooo!

Nadie le oía. Allá arriba, en el puente, los guerrilleros atizaban a los franceses, golpeaban, gritaban, disparaban.

—¡Viva España!

«Sí, viva España, pero a este hombre lo matan», pensaba fray Perico, que corría descalzo por la orilla para ayudarle.

¡Vaya que lo mataban! Los tres soldados franceses, que estaban aprisionados en el fango y muy cercanos al guerrillero, apuntaron despacio y dispararon sobre él. El Empecinado se refugió tras el caballo.

41. La honda

FRAY Perico cerró los ojos, los abrió y suspiró aliviado. Juan Martín seguía allí, fiero, orgulloso, inmóvil, enseñando los dientes a los tres jinetes franceses, que apuntaban de nuevo sobre él.

El fraile no lo pensó más: cogió una soga de unas gavillas que estaban sobre un campo, puso un guijarro en el centro, sonó un zumbido y, ¡plaf!, un jinete al suelo.

—¡Qué puntería! —exclamó el Empecinado, que había visto al fraile disparar de lejos con su honda. Los franceses se quedaron helados. El jinete había caído del caballo sin decir palabra, sin que sonara un disparo, ni un fogonazo, ni nada.

—¡Ha sido una pedrada! —exclamó uno.

—¿Una pedrada?

Los tres jinetes se quedaron mirando alrededor y vieron allá lejos a alguien que se agachaba para coger otro terrón. Era fray Perico.

—¡Ese patán! ¡Pues no lucha a pedradas!…

Los soldados le apuntaron con sus mosquetones y fray Perico se tiró de cabeza a un surco.

—Se creen que soy un conejo.

Sonó la descarga y las bellotas de la encina que protegía al fraile cayeron como un diluvio. Fray Perico, enfadado, cogió una bellota, la más gorda, la puso en su rústica honda y la lanzó contra el más cercano.

—¡Ay! —el jinete cayó al suelo con un ojo a la funerala.

En esto, un guerrillero de los que luchaban en el puente, un tal Pescador, echó de menos a su jefe y miró al río. Allí estaba el Empecinado, debajo de su caballo, y dos jinetes franceses, clavados en el fango pero con los mosquetones dispuestos a acabar con el guerrillero.

El Pescador apoyó su trabuco naranjero en el pretil del puente, apuntó y el mosquetón de uno de los jinetes saltó por los aires. El jinete se quedó con la boca abierta.

42. ¡Alto el fuego!

EL otro jinete se volvió aterrado. No quedaba nadie más que él y, además, no tenía por dónde escapar. Los guerrilleros vencedores en el puente venían ya en tropel por la cuestecilla. Tiró con rabia el mosquetón lejos de sí, pues estaba lleno de fango, y sacó la pistola.

—¡Maldito guerrillero! Yo moriré, pero al menos tendré el placer de matarte.

Luego, apuntando hacia Juan Martín, apretó lentamente el gatillo de la pistola. Los ojos del guerrillero le miraban fijos, terribles, esperando la muerte.

—¡Quieto!

Un grito cercano inmovilizó al francés. Era fray Perico, que asomaba por detrás de una valla de piedras. El francés volvió sobre su silla y disparó al fraile, que rió alegremente mientras cargaba de nuevo su rústica honda.

—¿Te vas a reír de mí?

Pero a fray Perico se le rompió la soga medio podrida. Entonces, cogió un guijarro con la mano, movió el brazo recordando sus tiempos de pastor y le dio una pedrada que le hizo caer la pistola.

Los guerrilleros se acercaban gritando alegremente y disparando por encima de la cabeza de fray Perico.

—¡No disparéis más, por Dios! Esto se ha acabado.

Juan Martín gritó desde debajo del caballo:

—¡Alto el fuego!

Fray Perico corrió a auxiliarle. Obligó a levantarse al caballo y liberó a Juan Martín.

—Gracias, fray Perico. Si no es por ti, ahora estaba entre las ranas.

Fray Perico le abrazó, vio que había escapado sin heridas y le ayudó a levantarse. Luego, fue a auxiliar a los soldados franceses.

43. La carta

—¿ALGÚN herido?

Los franceses se levantaron del fango y contaron sus heridas. Los tres soldados respondieron alegres:

—Yo, un chichón.

—Yo, un ojo a la virulé de un castañazo.

—Yo, una pedrada en la mano.

El oficial tenía la guerrera hecha unos zorros. El disparo del Pescador la había dejado negra por la pólvora.

—Yo, la cara chamuscada y la guerrera para el tinte.

Fray Perico mandó que llevaran al oficial al caminillo para curarle las quemaduras. Le lavó la herida, le puso hierbas y le vendó con su propia camisa.

—Me he quedado sin camisa —bromeó el oficial.

—Eso es por meterte en camisa de once varas —rió fray Perico.

—No volveré a hacerlo —prometió riendo el francés.

Luego, fray Perico se levantó y, mirándose a los pies, dijo:

—Yo he venido a lavarme los pies al río y mirad cómo los tengo. Tendré que lavarme otra vez.

Y fray Perico se metió en el río, se lavó y se puso las sandalias. Luego, subió al puente.

El fraile se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué habéis hecho? ¡Todos hechos una pena!

Los vecinos del cercano pueblo de Los Milagros llevaban en parihuelas, camino del hospital, a unos seis o siete

soldados franceses con unos chichones fenomenales.

—Y todo por ver quién pasaba primero. Estáis locos.

El Empecinado movió la cabeza.

—No era por ver quién pasaba primero. Era por eso —y señaló un caballo que llevaba en la silla una especie de baúl de cuero.

—¿Qué es eso?

—El correo de Murat, el general francés.

—¿Y os matáis por una carta?

—Esa carta dice muchas cosas, fray Perico. Entre ellas, que dentro de unos días pasará un convoy con el dinero del ejército francés. ¡Buen botín!

—¿Y habrá tomate?

—Lo habrá. Esto no ha sido nada.

—Dios os perdone. Yo me voy a un monte a rezar —exclamó fray Perico.

—Mejor sería que estuvieras en la pelea y que llevaras muchos kilómetros de vendas, hermano. Estacazos no faltarán.

Fray Perico se tapó los oídos para no escuchar nada más y se fue detrás del cortejo que iba al hospital. Por el camino, estuvo rezando para que aquella guerra terminara de una vez.

44. La cueva

DÍAS después, una hermosa mañana, un borriquillo llegaba por el camino real que pasa delante del pueblecillo de Bahadón. El asno venía deprisa porque una mosca lo perseguía desde hacía rato.

«¿No habrá otro asno en toda la comarca?», pensaba Calcetín.

No, no lo había. El camino era angosto, cada vez más, y solitario. Al fin, el hombre que iba montado en él, que no era otro que fray Perico, paró el asno, miró a un lado del camino y cogió un sendero de cabras que desembocaba en una gruta oculta entre los carrascos. Allí metió al borrico, espantó a la mosca y se dispuso a dormir en la fresca cueva.

—Éste será nuestro retiro —dijo fray Perico—. Aquí estaremos tranquilos el tiempo que haga falta, lejos del mundanal ruido —después, se durmió.

De repente, fray Perico abrió los ojos. Un ruido de voces, de juramentos, de maldiciones lo había despertado. Fray Perico se asomó y vio en el camino unos cuarenta hombres. Unos fumaban, otros se lavaban en una fuentecilla, otros jugaban a las cartas sobre una piedra.

—¡Maldita sea, has hecho trampa!

Dos jugadores sacaron las navajas.

—No valen navajas —dijo alguien—. Apretad los puños y rompeos las muelas.

Los dos jugadores se liaron a puñetazos. Hubo uno que quiso separarlos y quedó sangrando por la boca. Al final, todos los hombres acabaron peleando con furia.

De pronto, de la montaña llegó un grito:

—¡Quietos, que ya llegan los franceses! ¡A las armaaaaaas!

45. Las carretas

TODOS quedaron inmóviles mirando hacia arriba. Sus ojos se clavaban en el montecillo en el que se abría la gruta de fray Perico. El fraile temblaba, aquella voz se parecía a la de Juan Martín.

—¿Cuántos son? —preguntaban desde abajo.

—Treinta carros bien cargados. ¡Cómo rechinan! Va a haber buen botín. Nos pondremos las botas.

—¿Y soldados?

—Delante vendrán unos treinta.

—¿Y detrás?

—Unos setenta.

Los hombres comenzaron a contar cuántos eran y se armó un revuelo de mil demonios.

—Son ochenta.

—Son cien.

—Son mil.

—¡Imbéciles! —gritaba la voz—. ¡A las armas! Dentro de un cuarto de hora están aquí.

Los guerrilleros corrieron y subieron por los senderos, saltando como liebres entre las piedras.

—Preparad los peñascos, que sean grandes y rueden bien.

Fray Perico lo miraba todo con espanto. No pudo aguantar más y salió dando voces.

—¿Qué hacéis? ¿Vais a echar a rodar esas piedras?

Los guerrilleros se dieron un susto morrocotudo.

—¿Quién es éste? ¿Algún ermitaño?

El Empecinado se quedó patidifuso.

—¿Qué haces aquí, fray Perico?

—Huyendo de la guerra, me metí en esta cueva.

Juan Martín se partía de risa.

—Huyendo de una avispa, has caído en un avispero. Verás dentro de poco rato la que se arma.

Nada más decir esto, apareció el primer francés. Era un capitán de dragones con unos grandes bigotes. Junto a él caminaba, en otro caballo, un teniente más joven.

—Me huele a emboscada —murmuró el teniente.

—Siempre dices lo mismo. Así que ves una piedra más alta que otra o dos árboles juntos, te huele a chamusquina.

—Es que huele muy fuer…

46. La roca

No pudo acabar la frase. Una enorme roca rodó de pronto y aplastó una encina que había en el camino.

La montaña trepidaba y la sierra se llenó de polvo y humo. Doce o catorce jinetes se lanzaron al suelo para evitar aquellos pedruscos.

En esto, llegaba al desfiladero la retaguardia. Los cuarenta o cincuenta jinetes del final venían tan frescos, riendo sin preocupación, cuando en un recodo del camino se encontraron con toda aquella confusión. Los carros volcados, las ruedas girando, los caballos corriendo, gritos de «Sálvese quien pueda».

—¿Qué pasa?

—Los guerrilleros. Están arriba —gritó un soldado detrás de una piedra.

—¿Cuántos son?

—Cientos, miles. Es un desastre. Ni un carro con ruedas.

—¿El Empecinado?

—Sí. El Empecinado.

El sargento que mandaba la retaguardia, viendo que ya no quedaba carro sano y que habían huido los carreteros, dragones y comisarios, y no había manera de retroceder, ordenó a los soldados bajar de los caballos y atacar con la bayoneta, como si fuesen de infantería.

—Vosotros cuatro, cuidad de los caballos. Los demás, avanzad a cuerpo descubierto.

Pero nada más habían avanzado unos pasos, una nueva avalancha de piedras rodó ladera abajo y les hizo volverse por donde habían venido.

—¡Arriba! ¡A la montaña! ¡Viva Francia!

47. La victoria

LOS soldados franceses treparon valientemente; pero los sables, los gorros, los uniformes, las botas, las moscas, el sudor, las angostas piedras, los cardos… apenas les dejaban avanzar.

—¡Viva Francia!

El grito de «Viva Francia» les hizo crecerse. Subían pegados al terreno, disparando sin cesar.

—¡Que nos cogen! ¿Qué hacemos?

—¡Las piedras! —ordenó Juan Martín.

Los guerrilleros abrazaron una piedra enorme, que debía de pesar doscientas toneladas. Fray Perico asomó asustado al ver cómo la piedra oscilaba, que me caigo, que no me caigo, sobre las cabezas de los asaltantes.

—¿Por qué no tiráis esa otra más pequeña? —suplicó—. Tirad esa otra.

Los guerrilleros se rieron ante la simplicidad del fraile.

—Hermano, bien está vuestra caridad; pero si tú no los matas, te matan ellos a ti.

—¡Avisad por lo menos! —gritó fray Perico.

El fraile sostenía la piedra por el otro lado mientras los guerrilleros, más de veinte, empujaban con sus brazos peludos los troncos que les servían de palancas.

—Avisa, fray Perico. De poco les servirá.

—¡Allá vaaaa! ¡Cuidado! —gritó temblando el fraile.

La piedra rechinó, rodó y se llevó por delante árboles, rocas, saltamontes, carros y cardos, y cayó al río levantando un gran chorro de agua, de sapos y de ranas. Un grito de triunfo, de victoria, de alegría resonó en la montaña.

—¡Viva España! ¡Viva el Empecinado! —chillaban los guerrilleros cuando el ruido, el humo y la polvareda desaparecieron en el valle.

Aquellos hombres, endurecidos en mil peleas, a punto de morir cien y cien veces en montes y barrancos, saltaron como locos para coger el botín de los carros. Los franceses huyeron por el barranco.

—¡Vamos! —gritó el Empecinado—. ¡Los carros fuera! ¡Fustigad a los mulos! Los franceses volverán. Hay que huir de aquí.

48. El susto

LOS guerrilleros arrearon a los mulos, montaron en los caballos capturados a los franceses y, entre gritos, arres y latigazos, huyeron por la cuesta. Fray Perico se quedó solo. Entonces bajó lentamente, escuchando por si alguien pedía ayuda. Ni un ay, ni un gemido, ni un movimiento. No se oía a nadie. Todos los franceses habían huido. Sólo vio a un soldado: era grueso y colorado. Cuando fray Perico se acercó, ¡cataplum!, el soldado se levantó de pronto y echó a correr cuesta abajo. ¡Qué susto! Fray Perico se pegó tal susto que cayó desmayado y se hizo un chichón en la cabeza. Cuando abrió el ojo, el soldado había saltado sobre un caballo y corría sin sombrero y sin sable en dirección a Aranda.

Fray Perico se levantó, echó una mirada larga sobre el campo de batalla, subió al asno y se fue al pueblo cercano, donde habían ido los guerrilleros. Mientras tanto, los treinta carros, dando tumbos y levantando un polvo tremendo, llegaron a la plazuela del pueblecillo de Bahadón.

¡Qué gritos, qué saltos, qué alegría!

—¡Hemos vencido! ¡No ha quedado ni un francés! Han huido como conejos.

—¡Viva España! —gritaban los lugareños.

El Empecinado asomó por el toldo de un carro.

—¡Viva el Empecinado! —gritaron todos los campesinos.

Juan Martín cogió una pesada caja y la mostró al pueblo.

—¡Éste es el tesoro de Napoleón! ¡Miradlo!

—¡Hurra!

La caja pesaba tanto que a Juan Martín se le vino al suelo y se descerrajó con las piedras. Los luises, los napoleones de oro sembraron la plaza.

49. El tesoro de Napoleón

«ESTE es mío, éste es tuyo». Se armó un alboroto de mil demonios hasta que sonó un disparo y todos cayeron sentados al suelo.

—¡Quietos! Ese dinero es para la guerra. Traedlo aquí —gritó furioso el Empecinado mientras el trabuco le humeaba en la mano.

Los luises y napoleones volvieron a su sitio, aunque faltaban bastantes. Juan Martín los metió en un saco y puso cuatro guardias alrededor.

En esto, Quico Cazarratones, el porquerizo, el mozo más burro del pueblo, apareció vestido con una casaca azul sobre su camisa grasienta y un sombrero de plumas. En vez de abarcas llevaba unas botas de montar. Parecía un rey.

—¡Viva Quico Cazarratones!

Nada más decir esto, los vecinos se lanzaron a los carros y abrieron cajas y baúles, que venían repletos de lustrosos trajes. Al rato, todo el pueblo parecía un campamento francés. Casacas azules por los establos, los segadores con botas y espuelas. Las cabras miraban espantadas. Liborio, el cabrero, apareció en el corral con un sable de oro en la mano, abrió la puerta y gritó:

—¡Vive la liberté!

Y las cabras salieron corriendo, no se sabe hacia dónde, para celebrar aquella victoria.

Lo que sí se sabía, era los puñetazos que había en la plaza, los arañazos, los agarrones para repartirse los quesos camembert y gruyer, los frascos de foie-gras, las peras en dulce, los jamones con chorreras, las cajas de membrillo, los hojaldres, las tartas. ¡Qué tartas y qué tortas! ¡Qué patatas rellenas, qué melocotonazos en almíbar! Todo a puñetazo limpio, poca sangre y mucho diente.

¿Y en la taberna? Pues Juan Martín y los suyos discutían a brazo partido sobre si salir pitando o esperar a que los mulos descansasen, que estaban con la lengua fuera y el cansancio dentro, cuando llegó Liborio el cabrero, abrió la puerta tambaleándose y, levantando su trabuco, disparó sobre el Empecinado.

50. ¡Todos al pilón!

EL estruendo hizo resonar los vasos del mostrador.

—¡Traidor! —gritó Juan Martín llevándose las manos al rostro.

Rigoberto, el segundo de Juan Martín, se abalanzó sobre el cabrero y le dio un terrible puñetazo.

—¿Qué has hecho, desgraciado? ¡Trae esa arma!

—Pero si yo venía a decir…

—A decir ¿qué?

—Que hay unas botellas como éstas en unos carros. Hacen ¡pum!, y sueltan espuma. ¡Y qué rico que sabe!

El Empecinado se palpó la sangre y notó que era un licor pegajoso y dulce. El proyectil se había alojado en el bolsillo de la guerrera. Era un tapón. Todos comenzaron a reír y a reír y se abalanzaron sobre la botella del cabrero.

—¡Qué rico sabe! ¿Hay más?

—En los carros hay cientos.

—¡Vamos, debe de ser champán! Ese que dicen que hace revivir a los muertos.

El Empecinado corrió detrás gritando:

—¡Atrás, atrás! Al que coja una botella de ésas le atravieso. ¡Es champán! ¡Cuidado!

Pero ya era tarde. Los taponazos arreciaban en la plaza. Se habían formado dos bandos: los guerrilleros parapetados en el ayuntamiento y los campesinos asediando el edificio con sus terribles estampidos. Los cristales del ayuntamiento

estaban llenos de agujeros y por ellos surgían los disparos certeros de los sitiados, que derribaban a los atacantes. Decenas de heridos caídos en el suelo gemían riendo, mientras apuraban aquel líquido lleno de burbujas doradas.

La batalla terminó a las diez, cuando Juan Martín guardó los tres carros llenos de botellas en un corral y estrelló una botella en la cabeza del alguacil, que quería romper la cerradura.

Todos acabaron en el pilón de la fuente, y a las diez y media dormían en sus casas o en los carros a pierna suelta.

51. Guindallet de Fontespié

MIENTRAS, por el camino real de Aranda corría un caballo con la lengua fuera. El caballo era fuerte y alegre, pero iba sudando una gota por cada pelo.

—No puedo más.

El jinete, un hombre gordo, poco avezado a aquellas galopadas, daba botes sobre la silla. Iba con la cara desencajada, un mechón de pelo flotando al aire y sus manos agarradas al cuello sudoroso del animal. Saltó un arroyo, saltó otro; cruzó un río, cruzo otro; pasó unos campos, pasó otros; subió una cuesta, bajó otra; entró en Aranda por la puerta del Tejar, salió por la puerta de los Triperos y entró como un cohete en el Cuartel General de Murat sin dar la contraseña, sin decir buenos días ni buenas noches, y cayó de cabeza en el pilón de los caballos.

—¡Hombre al pilón! —gritó el centinela.

Todo el cuartel salió asustado a la ventana. Hasta el general Murat asomó con su gorro de dormir.

—¿Quién es?

—El comisario Guindallet.

—¿Guindallet de Fontespié?

—Sí, mesié.

—Allá voy en un volapié.

El general bajó corriendo, mandó sacar del pilón al comisario, lo montó en su caballo y, seguido de diez soldados, salió por la puerta a paso de carga. Nada más salir,

el general paró su caballo, se volvió y preguntó al comisario Guindallet:

—¿Eran muchos los guerrilleros?

—Cientos y cientos, miles diría yo. Todos con sus guerreras rojas y armados hasta los dientes.

—¿Y cañones?

—A montones.

—¿Y trabucos?

—Como almendrucos. Escopetas, mosquetones, moscas y moscones.

El general hizo dar la vuelta y llamó al del cornetín.

—Toca a generala.

52. Durmiendo a pierna suelta

TOCAR a generala y salir seis escuadrones de caballería y tres batallones de infantería y no sé cuántos cañones fue todo uno. El jaleo era tremendo. El general hizo poner trapos en los cascos de los caballos y ordenó que nadie fumase. Asimismo mandó que los infantes fueran de puntillas y descalzos con las botas en las manos.

—Yo tengo callos —protestó un dragón.

—Pues te aguantas. Adelante y en silencio.

A todo esto, en el pueblo de Bahadón todos roncaban por culpa del champán. El Empecinado dio una última vuelta a la aldea con sus lugartenientes. El guerrillero de pronto se paró, cerró los ojos y aspiró profundamente.

—Me huele a chamusquina —exclamó.

—A mí me huele a flores —dijo uno—. A amapolas, a romero, a pan recién cocido.

—A mí, a caca de vaca; pero es natural —dijo otro riendo —, pues cruzamos los establos.

El Empecinado ordenó reunir los carros y puso un centinela en cada uno.

—Hay que despertar a todo el mundo. Cada vez me huele peor —observó a continuación.

—Yo sé cómo despertarlos —dijo fray Perico, que tenía un ojo morado de un taponazo, pero que no había bebido ni una gota de champán.

—¿Cómo?

—En el convento, cuando me quedo durmiendo en la cama, los frailes me hacen cosquillas en los pies.

—A éstos les haces cosquillas y se mueren de risa.

—Entonces, un cubo de agua —exclamó fray Perico.

El Empecinado movió la cabeza. Era buena la idea de fray Perico, pero mejor sería cogerlos y echarlos al pilón de las gallinas. Así se hizo, y a la media hora, estaban todos subidos a la pequeña muralla que rodeaba el pueblo, a los tejados y a unos álamos altísimos que había cercanos a la puerta.

—No tenemos armas —exclamó Pedro, el alcalde.

—Pues id al huerto del cura y cogedle las peras, los higos, las manzanas… Todo vale —ordenó el Empecinado—. Lucharemos a tomatazo limpio.

El cura empezó a protestar:

—Están verdes.

—Mejor. Así harán más daño.

—Yo tengo castañas y nueces —susurró el tocinero—. Tengo también un saco de bellotas en la tienda.

—Bien callado te lo tenías, avaricioso. ¡Con el hambre que hemos pasado!

Eran las doce cuando llegaron los franceses. No se los veía porque era noche oscura y las luces del pueblo estaban apagadas. La poca luz de las estrellas hacía brillar de vez en cuando sus bayonetas. Se distinguían también las lumbres tenues de los artilleros y las chispas de sus mecheros.

—¡Ya vienen!

Se oía un ruido sordo. Eran los caballos, que llevaban las patas envueltas en trapos, y las ruedas de los cañones, que tenían las llantas acolchadas con pieles de conejo.

—¡Apagad los cigarros! —ordenó Murat.

—¿Y con qué encendemos la mecha de los cañones?

—Es verdad. Pero al menos volved la cabeza para que no os vean.

Ya llegaban al río que corría por delante de la muralla. Aquella misma tarde, los lugareños habían desmontado el puentecillo que lo cruzaba. Murat estiró la oreja y pidió silencio absoluto.

—Callaos y escuchad a ver sí duermen estos gañanes.

El Empecinado, que estaba escondido detrás de un carro, lanzó un terrible ronquido. El ronquido se fue extendiendo de árbol en árbol y, a los cinco minutos, roncaban hasta los cerdos del pueblo.

—Vía libre, vamos a cruzar el río. Todo el mundo duerme.

53. ¡Que nieva!

ESTABAN cruzando el río cuando el Empecinado tiró la primera castaña. Era una castaña pilonga que le dio a Murat en el gorro y le hizo un agujero.

—Llueve —murmuró el general.

—Yo creo que graniza —exclamó Monpetit, que acababa de recibir un bellotazo en la nariz.

—El caso es que no hay nubes.

—Son nubes altas, por eso no se ven.

—¡Pero se sienten! —exclamó Monpetit—. Yo tengo la cabeza como una huevera.

La lluvia se había hecho general. Al principio fueron castañas; pero, según iba arreciando la tormenta, caían ciruelas, pimientos, ajos y cebollas. Los franceses, cogidos entre dos fuegos en medio del río, no sabían qué hacer.

—¡Adelante! —ordenó Murat.

La primera línea se acercó a la puerta de la muralla.

—¡Adentro!

Pero antes de entrar, la lluvia era todavía más grave: pepinos, zanahorias, hasta melones y sandías, calabazas y berenjenas caían de las almenas.

—¡Adelante! Está granizando, pero ya escampará.

Los aldeanos se hartaron, arrancaron los ladrillos de la muralla y se liaron a ladrillazos.

—Vamos, que esto se pone feo. ¡Vaya manera de llover en este pueblo!

Los franceses volvieron la espalda, cruzaron el río y salieron de estampida cuesta abajo.

—¿Y los cañones? —preguntó Monpetit.

—Dejadlos ahí. Mañana volveremos.

—¿Que volverán? —exclamó el Empecinado bajando de un árbol—. Éstos se van a Francia y no regresan más.

Dio un silbido y ordenó a su gente que volviera los cañones hacia los fugitivos y dispararan.

—No hay balas.

Juan Martín señaló la huerta del tío Melecio, que estaba muy cerca.

—Ahí están las balas.

—No están maduras —protestó el tío Melecio.

—Pues así estarán más duras —rió el Empecinado.

El primero fue un melón de Villaconejos; luego, una enorme sandía de Babilafuente; luego, un pepino de Vitigudino. Las sandías estallaban en las rocas y golpeaban a los soldados franceses en el rostro. Algunos cogían un trozo y se lo comían.

—¡Qué ricas están! No sé por qué corremos.

Cuando se acabaron las sandías, el Empecinado puso un saco de harina que el tío Melecio tenía allí escondido, y le fue a caer a Monpetit en la cabeza.

—¡Parece que nieva! —exclamó el sargento.

Luego fue un saco de pimentón, que explotó en la rama de un pino. Los soldados franceses parecían cangrejos.

—¡Sangre! —chilló Monpetit—. ¡No quedamos ni uno! Y los soldados huyeron camino de la sierra Cebollera, que está más allá de Soria.

54. El gallo

EL Empecinado mandó que tocaran la corneta y encendieran las luces del pueblo.

—¡Encended, que no se ve nada!

El alguacil encendió los faroles de la plaza y la gente llegó con candiles y lamparillas.

—¡Bahadoneses, hemos ganado! ¡Viva España!

—¡Viva!

La gente comenzó a llenar la plaza. Venían de las murallas, de los tejados, de los árboles. Hicieron recuento de heridos y no había más que dos.

Al tío Ambrosio le habían dado un ladrillazo.

—Ha sido el tuerto, que, como ve a medias y no había luz, me arreó un cascotazo.

—¡Lo siento! —exclamó el tuerto.

El médico vendó la cabeza del herido y luego buscó dos tablas para entablillarle un brazo al panadero. Se había caído de un álamo y casi se mata.

El Empecinado felicitó a todos y dijo:

—Los franceses se van. ¿Vamos por ellos?

—Vamos. Si no los asustamos, se quedarán en la sierra Cebollera y se volverá a armar una buena.

—¿Tenéis armas? —preguntó el Empecinado.

—¡Yo tengo una escopeta de cazar conejos! —exclamó el tuerto.

—Yo, una honda —dijo el manco.

—Yo, una hoz.

—Pues ¿a qué esperamos? La guerra se está acabando. Todos los pueblos se han alzado. Vamos todos a una.

Todos echaron a correr. Cogieron sus hoces y hondas, llenaron sus zurrones de bellotas y castañas y salieron cuesta abajo lanzando castañazos a los últimos franceses que salían de los sembrados.

—¡Fuera, fuera!

Fray Perico los vio pasar, contentos y alegres. Detrás de todos iba el Empecinado cojeando. Subió el guerrillero a su caballo y le preguntó:

—Fray Perico, ¿no vienes?

—No. Yo ya me vuelvo. Esto se acaba. Me vuelvo a mi convento, ahora que la paz está llegando. ¡Ojalá no se vaya nunca!

El Empecinado le abrazó y salió disparado en su caballo.

—¡Adiós, fray Perico!

Fray Perico le vio marchar. Luego se acercó a la iglesia, cogió la soga de la campana y empezó a tocar lleno de alegría. Pero no sonó. Tal vez estaba caída por allí abajo, entre la hierba. El fraile miró al tejado: una sombra se recortaba en la luz del amanecer. Era un gallo. Levantó el gallo el cuello, movió la cresta, abrió su pico y entonó un quiquiriquí que hizo levantar las orejas al asno. Fray Perico abrazó a su burro.

—Vamos, Calcetín, vamos a nuestro convento. ¿Te acuerdas? Vamos a ver cómo canta el gallo de nuestro corral.

55. Los gitanos

¡CUÁNTAS leguas recorrió fray Perico, cuántos pueblos pasó alegre, al trote, camino de casa! Al final, ya los arroyos le sonaban, y los montecillos; conocía las fuentes y las aldeas. Alaejos, Fuente-saúco, Cantalapiedra, Cantalpino, todo cantaba. Cantaba él y cantaba el asno. Cuando vio a lo lejos la torre del monasterio, el corazón le hacía: tam, tam, tam, tam.

¡No había cigüeñas y la torre estaba torcida!

Según se acercaba, se dio cuenta de que el convento estaba vacío, rotas las ventanas y el corral desierto, los establos mudos y las puertas desvencijadas. Junto al camino había parado un carro de gitanos. Fray Perico se acercó y preguntó:

—¿Sabéis vosotros…?

Nada más decir esto, se dio cuenta de que la gitana llevaba una peineta y el gitano tenía una verruga en la nariz, por lo que se calló y empezó a abrazarlos.

—Tú eres el Verrugas, y tú, la Niña de la Peineta.

—Y tú, fray Perico, y ése, Calcetín.

Fray Perico señaló al convento y los gitanos movieron la cabeza y extendieron el brazo hacia una cuevecilla que se veía en un cerrillo cercano.

—Fray Perico, tus hermanos están ahora en esa cueva.

El fraile se quedó asombrado, cogió el ramal del burro y subió la cuestecilla.

56. Los capuchos

LLEGÓ fray Perico, tocó una campana rajada que había delante de la cueva y ¡qué risa! Salió un fraile vestido con un saco y dijo:

—¿Quién eres?

—¿Y quién voy a ser? ¡Fray Perico!

¡Qué abrazos, qué lloros, qué brincos! Aquel frailecillo del saco era fray Sotero. No tenía puerta como en su antiguo conventillo, así que había puesto una manta vieja a la entrada. Fue fray Perico a entrar y, ¡plaf!, se dio un golpazo en la cabeza y se hizo un chichón. Nada más entrar, había una cuevecilla con una tabla que ponía:

ENFERMERÍA

De la cuevecilla salió un fraile muy encorvado y lleno de arrugas, vestido también con un saco, que llevaba en la mano un bote con una medicina hecha de hierbas. Fray Sotero preguntó a fray Perico:

—¿Te acuerdas de él?

—Sí. Es fray Matías.

Fray Matías abrazó a fray Perico y le curó el chichón con árnica mientras le decía:

—Todos los que entran se golpean con la puerta. ¡Es tan bajita! Por eso hemos puesto la enfermería aquí.

Fray Perico se rió mucho, aunque le dolía el chichón, y fray Sotero le dijo que todos los frailes estaban allá dentro, unos comiendo, otros en oración, otros en el huerto, repartidos por aquella cueva, que más parecía la madriguera de un topo o un hormiguero que un convento.

—En todas partes se sirve a Dios —rió fray Perico—. Y esto me parece la gloria.

Luego, entró por la puerta de enfrente y vio un claustro como de un metro de ancho y poco más de alto, con cuevas a un lado y a otro, que no eran sino las celdas.

—Hemos pasado muchos días cavando como los hurones. Ahora, cada uno tiene su celda para dormir y bendecir al Señor.

Fray Perico, maravillado, se asomó a la primera y vio a fray Cucufate machacando sobre una piedra avellanas y nueces. En un almirez tenía cacao y azúcar, y en un pucherillo, agua y leche para hacer chocolate. Se levantó fray Cucufate a abrazar a fray Perico y se dio un golpe con el techo. Así que tuvo que sentarse en la piedra que le servía de cama, donde le curó fray Matías.

Después de mucho abrazo, fray Perico siguió recorriendo aquel extraño convento.

57. Los chichones

—PARECE la casa de los siete enanitos —rió fray Perico.

Y mientras decía esto, entró en otra celda, que tenía, como todas, un ventanuco que daba al exterior, por donde asomaban matas, esplegueras, tomillos, y se colaban los lagartos y los saltamontes como Pedro por su casa.

—Aquí está tu hermano Ezequiel, el de la miel, con sus abejas y todo. Como tienen frío en el monte, a veces se le vienen bajo la almohada. Por la mañana, nada más levantarse, ya tiene desayuno de miel preparado, pues ya sabes que las abejas no duermen.

Fray Perico saludó con lágrimas en los ojos al padre Ezequiel. Éste se levantó emocionado y, al hacerlo, se dio tal golpe con el techo que tuvo que sentarse inmediatamente. Fray Matías le curó y continuó acompañando a fray Perico por el estrecho pasillo. Había a la izquierda una sala espaciosa excavada en la roca, con una mesa de piedra en el centro. Fray Sotero le explicó cuánto trabajo costó picar aquel hueco que hacía las veces de comedor.

—La mesa y los bancos son de la misma roca y caben doce frailes como en la mesa del Señor.

Se levantaron los doce que estaban a la mesa en ese momento y se hicieron doce chichones, pero todos rieron y salieron a abrazar a su hermano. ¡Qué alboroto en el conventillo!

—¡Ha llegado fray Perico!

Los veinte frailes del convento dejaron todo lo que hacían y se reunieron en el comedor, llenos de júbilo y hablando todos al mismo tiempo. Fray Perico estaba maravillado. ¡Cómo habían cambiado en un año! Estaban delgaditos de no comer y arrugados y encorvados de tanto agacharse en aquella cueva. El único que se libraba de golpearse la cabeza era fray Olegario, pues, como estaba torcido como un bastón, nunca se topaba con el techo.

58. San Francisco

PREGUNTÓ fray Perico por qué estaban en aquella cueva y fray Nicanor le contó que los franceses habían establecido su cuartel en el convento y les hacían la vida imposible.

—¿Y os echaron de allí?

—No. Nos quitaron las camas y las mesas, y nosotros se las quitamos a ellos.

—¿Y los pucheros?

—Nos los quitaron, y nosotros se los quitamos a ellos.

—¿Y las sillas?

—Nos las quitaron, pero nosotros se las quitamos a ellos.

—Muy bien hecho.

—Hasta que un día nos robaron la imagen de san Francisco y nosotros, por la noche, la cogimos y la trajimos aquí, a esta cueva.

—¿Entonces está aquí san Francisco?

—Aquí está y aquí nos vinimos todos para estar junto a él y defenderle.

—¿Y dónde está?

—Ahí, en la capilla.

Era la capilla una cueva estrecha donde los frailes apenas podían estar de rodillas. Y como San Francisco era alto y no se podía doblar porque era de madera, habían hecho una especie de chimenea en un rincón. Fray Perico miró la cara que tenía el santo y si había adelgazado, pero no pudo saberlo porque sólo se le veía hasta las manos. Fray Perico le

besó los pies, y notó que estaban fríos y amoratados y delgados como la raíz de un pino. Sin embargo, sintió que había movido un dedo y eso lo tuvo por buena señal. Era como si le dijera: «Sácame de aquí, que hace frío, y vámonos al convento».

Salieron los frailes de rodillas al patio, para estirarse un poco, y les sonaban los huesos al ponerse derechos. Allí abrazaron otra vez a fray Perico y al asno, que, como iba sobre sus patas, había pasado por el pasillo sin que le rozaran por las paredes más que las orejas, que le servían de guía.

—¿Y por qué os llaman capuchos? —preguntó fray Perico.

—Nos llaman capuchos porque llevamos capucha para no golpearnos. Jamás entramos ahí sin ella.

59. Vida en el convento

FRAY Perico estaba admirado y preguntó por la huerta. Fray Mamerto le mostró unas macetas en las que tenía unas pequeñas lechugas y unas latas donde sembraba tomates. Había tiestos con cebollas y con algún pimiento. En un rincón había plantado huesos de albaricoque y de melocotón. En el conventillo no se comía ni una cereza que no corrieran todos luego a enterrar el hueso. Estaba claro que pasaban hambre.

Fray Perico quiso ver la cocina. Fray Pirulero asomó por una ventana y dijo:

—Aquí guiso cuando hay de qué.

Fray Perico volvió a entrar por el pasillo y visitó la cocina, que era lo más pequeño que pueda pensarse. Habían hecho los frailes un fogón de piedra y el humo salía por la ventana. El fregadero era de piedra y el agua manaba del techo, caía y se iba por un reguerillo que en el suelo había. En el fogón había poco que asar, si no eran castañas. No se podían freír huevos ni longanizas porque no había gallinas ni cerdos, ni siquiera ajos y cebollas, que ya habían fenecido hacía tiempo.

El único que estaba gordo era el gato, porque se pasaba el día por el monte cazando ratones silvestres, y venía a calentarse por la noche a los pies de los frailes, aunque lo cierto es que estaban helados. De todas maneras, el gato tenía miedo sobre todo de fray Patapalo, que cuando pasaba

por su lado intentaba cogerlo, no se sabía si para acariciarlo o para comérselo. Así estaban los frailes, como los santos anacoretas de los desiertos, y habrían muerto de hambre en aquellos terribles meses si, como a los antiguos ermitaños, no les hubiera ocurrido algún milagrillo, porque cada día aparecía sobre la piedra un buen trozo de pan, justo delante de cada asiento, y con él se alimentaban. Nadie sabía de dónde venía. Fray Olegario decía que lo dejaba allí un cuervo que entraba por la ventana, y añadía:

—A Pablo el Ermitaño, un cuervo le llevaba a su cuevecilla un pan todos los días.

Los frailes pasaban el día entero intentado descubrir cómo entraba el cuervo por la ventana, pero nunca lo veían. Otras veces, el cuervo no traía pan sino una ristra de chorizo, y hasta un día trajo un jamón, un trozo de queso y una cántara de vino. Todo aquello era muy extraño y todos pensaban que el causante era san Francisco, que seguía haciendo milagros, aunque ahora pequeñitos, pues era tiempo de guerra.

60. El cuervo

LO que no faltaban eran ratones. Algún fraile debía de haber traído un ejemplar del otro convento en su capucha y aquí se había reproducido. El gato no les hacía nada, pues eran de casa y tenía hecho pacto con ellos. Por eso se iba a cazar fuera, pero los dichosos ratones se quedaban dentro, y estaban tan delgados como los propios frailes.

Punto y aparte eran los tres ladrones. Eran los únicos que estaban gordos y tenían las celdas más grandes y mejores. Las habían echado a suertes, pero fray Patapalo hizo trampas y escogió las más espaciosas. No obstante, por mortificarse, había elegido la suya junto a la celda de fray Pascual, que tenía el corral en la celda vecina. Había allí una gallina que teóricamente daba un huevo diario, pero nunca aparecía, y una cabra. Fray Pascual ordeñaba a la cabra por la mañana, pero al amanecer ya había pasado fray Rompenarices a hacer el primer ordeño, y luego, fray Tartamudo, y después, fray Patapalo, con lo que la cabra sólo daba dos sorbos de leche cada vez.

Sin embargo, aunque los tres ladrones eran muy glotones, tenían buen corazón. Salían al monte por la mañana, como a rezar, y, cuando nadie los veía, corrían al convento grande, que tan bien conocían, y robaban a los soldados franceses lo primero que encontraban: un cepillo de los zapatos, unos calcetines, un peine… Y no digamos en la cocina. Desaparecían las cucharas, los quesos, las

morcillas. Los cocineros franceses se volvían locos. Además, para fastidiar, los tres frailes echaban azúcar al caldero del cocido o sal en las natillas, para que los soldados se hartaran y se fueran.

Así, luego, el cuervo ponía en la mesa las cosas más raras: un cepillo de dientes, una sartén con tres salchichas, un saco de patatas, el soplillo de la cocina…

Hasta que un día apareció encima de la mesa el libro de cocina de fray Pirulero y éste se puso a llorar y a decir:

—Este cuervo es como la paloma del arca de Noé. Salió un día y trajo una rama de laurel. Éste me ha traído el libro de cocina y una rama de perejil de ese tan bueno que tenía en la despensa. Eso es que ya ha escampado la tormenta y podemos volver a nuestro convento.

61. La llave

EN efecto, hasta entonces había llovido mucho. Las paredes estaban húmedas y los frailes tenían los huesos mohosos y llenos de reuma y tristeza. Las palabras de fray Pirulero habían hecho gemir a fray Sotero. Así es que dijo:

—Ayer te trajo el cuervo el mortero de la cocina. ¡Ojalá me traiga la llave de mi puerta, aunque temo que no pueda con ella!

Y así fue. Porque al día siguiente apareció sobre la mesa la llave de la puerta, que los tres ladrones encontraron abandonada en la cerradura. Los franceses, hartos de guerra y temiendo que el convento estuviera embrujado, se habían ido dos días antes de nuevo a sus casas.

Cuando fray Sotero vio la llave, se echó a llorar y dijo:

—Ya está aquí la llave. Bendito sea el cuervo que en su pico me la trajo. ¡Ojalá pudiera traer también a fray Perico y a su asno! Entonces estaríamos todos juntos y podríamos volver al convento.

Por eso, cuando aquella mañana sonó la puerta y aparecieron fray Perico y su asno en la cuevecilla de los capuchos, fray Sotero no lo podía creer.

Poco a poco, se dieron cuenta de que era verdad: que el cuervo milagroso de san Pablo el Ermitaño o la mano de san Francisco habían traído al fraile y a su asno y con ellos también llegaría la paz. Y los frailes, ¡qué saltos de alegría!

Tantos saltos, que se les llenó la cabeza de chichones. Fray Nicanor dijo:

—Ahora que estamos todos, ¿por qué no nos vamos a nuestro convento?

62. De nuevo en el monasterio

TODOS saltaron de nuevo de alegría y, cogiendo las pocas cosas que tenían, los tiestos, la gallina, la cabra y el gato, se volvieron al monasterio. Iban todos cantando; el último, fray Cucufate, que tenía los pies llenos de sabañones. Bueno, el último no; le seguía una caterva de ratones, que no querían quedarse allí solos, sin sus queridos frailes.

Cuando iban a cruzar la carretera, se acordaron de algo:

—Nos dejamos a san Francisco.

Volvieron todos corriendo, sacaron al santo con mucho trabajo por aquel pasillejo oscuro y salieron a la luz y al aire. San Francisco iba con los ojos cerrados, y los frailes, por temor al sol, con sus capuchos hasta la nariz. Bajaron cantando y, al llegar a la carretera de nuevo, alguien dijo:

—Nos dejamos al gato.

Volvió corriendo fray Cucufate, lo puso sobre sus hombros y todos reanudaron el camino. Al llegar al monasterio, ¡qué lloros, qué abrazos a los árboles de la entrada, qué lágrimas en la fuente!

Fray Sotero fue a abrir la puerta y se acordó de que se había dejado la llave. Otra vez a volver. Echó a correr y los frailes, como tardaba mucho, saltaron por la ventana, que estaba rota y sin cristales. El gato entró también, y los ratones.

¡Qué lloros y suspiros los frailes al ver todo en aquel estado! Pero ¡qué alegría al contemplar de nuevo los altos muros de su monasterio!

—Ahora sí que podréis saltar. La paz está llegando ya.

Y los frailes saltaron hasta el techo.

Entonces, fray Sotero abrió la puerta con la llave y creyó que todo el mundo se había vuelto loco.